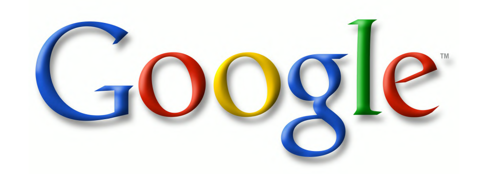


OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blas

TOMO XX

TEATRO

(PRIMERA SERIE)

ALTA CHULERÍA

(COMEDIA INÉDITA)

NO LA HAGAS Y NO LA TEMA

¡DUERME!

MADRID
LIBRERÍA EDITORIAL DE LEOPOLDO MART
Correo, 4.—Teléfono 791.
1905

TEATRO

OBRAS COMPLETAS DE EUSEBIO BLASCO

TOMOS PUBLICADOS

I.—*Primeros y últimos versos*, con artículos necrológicos de nuestros mejores escritores. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

II.—*Una señora comprometida* (Novela). *Del amor y y otros excesos* (Artículos festivos). *Don Juan, el del ojo pito* (Novela inédita sin terminar, con un prólogo de Luis Taboada). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

III.—*Busilis* (Novela). *La ciencia y el corazón*. *Milord*. (Narraciones). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IV.—*Memorias íntimas*. Con un prólogo de Julio Burell y una posfación del Doctor Nicasio Mariscal. (Segunda edición). 3,50 pesetas Madrid, 4 provincias.

V.—*Impresiones de viaje.—La carta verde. La doncella práctica*. (Narraciones). (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VI.—*Mi viaje á Egipto. Mi viaje á Alemania.—El domingo de carnaval. Tres señoritas sensibles* (Narraciones). (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VII.—*La señora del* 13. (Novela).—*Cuentos alegres*. (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VIII.—*Notas íntimas de Madrid y París*. (Segunda edición) 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IX.—*La miseria en un tomo*. (Artículos y crónicas). *Cuentos y sucedidos* con un prólogo de Mariano de Cavia. (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

X.—*Arpejios*. (Poesías, con un prólogo de Jacinto Octavio Picón). *Noches en vela* (Poesías). *Teruel* (Recuerdos de viaje). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XI.—*Malas costumbres*.—(Apuntes de mi tiempo), 3 Pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XII.—*Flaquezas humanas*. (Escenas de la vida madrileña). *Ellos y ellas*. (Chistes y anécdotas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIII.—*Mis contemporáneos*. (Semblanzas varias. Primera serie). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIV.—*Esto, lo otro y lo de más allá*. (Apuntes, con un prólogo de Francisco Navarro y Ledesma). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XV.—*Poesías festivas*.—*Chistes y anécdotas*. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVI.—*Páginas íntimas*. (Crónicas—primera serie—con un prólogo de Antonio Zozaya). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVII.—*Los de mi tiempo*. (Semblanzas—segunda serie—con un prólogo de José Juan Cadenas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVIII.—*Todo en broma* (Crónicas — segunda serie — con un prólogo de José Nogales). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIX.—*Cosas de Francia*. (El modernismo en Francia.—París íntimo.—París por dentro.—Prólogo de Antonio Cortón). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XX.—*Teatro* (primera serie). — Alta chulería (Comedia inédita en dos actos en prosa).—No la hagas y no la temas (Proverbio en dos actos en prosa).—¡Duerme! (Monólogo en verso).—3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO XX

TEATRO

(PRIMERA SERIE)

ALTA CHULERÍA

(COMEDIA INÉDITA)

NO LA HAGAS Y NO LA TEMAS

¡DUERME!

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.—Teléfono 791.
1905

PRÓLOGO

RECORDANDO Á BLASCO

Sin duda la firme y correspondida amistad que me une con Ricardo Blasco, será la razón que haya tenido el hijo del inolvidable autor de *La rosa amarilla*, para honrarme haciendo que figuren algunas líneas mías en este libro. Aquella amistad fué también motivo y orígen de que D. Eusebio me distinguiera con su afecto.

Recuerdo que cierta noche de verano, me convidó Eusebio Blasco á cenar en los Viveros. ¡Parece que es ahora! El gran escritor me llevó consigo á la cocina; el cocinero le admiraba, le obedecía á consecuencia de esta admiración. No será necesario añadir que nos vimos perfectamente regalados. Para mí, la conversación

de mi invitante, fué el regalo más exquisito. Hablamos Blasco y yo de la vida que haría su hermano en París, de la literatura y de los literatos — Blasco ponderó á algunos escritores jóvenes, yo celebré á muy pocos viejos — y charlamos del teatro. Hacía poco tiempo, al inaugurar D. Eusebio sus crónicas teatrales en *La Ilustración Artística,* le debí frases lisonjeras. Él estaba seguro de mi estimación respetuosa. Podíamos, pues, conversar franca, lealmente, comprendernos, espontanearnos. Como Blasco vivía en gran parte de escribir comedias y yo de comentarlas, claro es que el tema escénico fué lo que más nos entretuvo.

Y yo le decía:

—La producción teatral de usted que especialmente admiro es *El pañuelo blanco.*

—Que, en realidad, no es mía, porque no me pertenece la idea primordial.

—¡Pues por eso mismo, D. Eusebio, por eso me maravilla tanto su comedia!

—¿...?...

—Me explicaré. Cuando leí *Un caprice,* me produjo asombro el ver que Musset, con tan poco asunto, acertara á crear un acto entero, tan bello, tan interesante é ingenioso. ¿Cómo no sorprenderme de que usted atinara luego nada menos que á escribir tres actos encantandores con aquello mismo?

Blasco tenía, para vencer, el ingenio. En sus obras el asunto era lo de menos. La originalidad de Blasco estaba en la flexibilidad de su espíritu literario. Todo lo amoldaba, lo asimilaba, lo transformaba, lo originalizaba sin esfuerzo. Oyéndole ó leyéndole, jamás fatigó. Era una inteligencia abierta para todas las ideas, un gusto adaptable á todos los gustos. Por ser así comprensivo, espíritual, libre de rutinas, progresivo, independiente, Blasco no fué, ni hubiera sido nunca un literato viejo. Cada nueva generación literaria que llegaba, le sumaba á sus filas. Leyendo las comedias de Blasco por el orden en que las escribió, no habría para el lector ni un momento de monotonía.

Antes se solazaría siguiendo el camino ligero de un alma risueñamente irónica por una vida larga.

Las comedias de Blasco, digo, bastarán á quien las leyere para darse cuenta de como fueron modificándose el ambiente literario y las orientaciones del público durante treinta años. Él supo escribir á lo Serra, á lo Ayala, á lo Gaspar, á lo Benavente, sin inclinarse nunca hácia el mal gusto, ni perder en ninguna ocasión la originalidad vigorosa de su ingenio riquísimo. Cierto es que, para colocarse incesantemente en la vanguardia de todo movimiento innovador, tenía la ventaja de su larga residencia en otra

nación donde se vive más y con mayor rapidez que en la nuestra. Compárese *La rosa amarilla* con *Juan León*, *El anzuelo* con *El Angelus*, *El pañuelo blanco* con *Pobres hijos*, y se verá como, conservando inmaculada su personalidad artística, el dramaturgo supo remozarse al acercarse á viejo. Era tan vertiginosa su inteligencia que, aun dentro de una misma comedia, desde escribirla hasta representarla en escena la renovaba por completo. Obras suyas hubo que las hizo totalmente nuevas en los ensayos. Era un escritor incapaz de estancarse. No se le ocurrió jamás tratar de divertirnos en 1900 con los chistes de 1880.

Y habiendo nacido poeta y escribiendo para el teatro, desdeñó los fuegos fátuos de la retórica y no aduló al público en ninguno de sus extravíos. Las quintillas desbocadas y los dramas terroríficos no eran de su mundo espiritual. ¡Mil veces no!

Siendo el más aristocrático personalmente entre los autores coetáneos, no fué capaz de rendirse á discreción en manos del público selecto que suele dar á los empresarios la limosna del día de moda. No era Blasco hombre para conquistar aplausos con ñoñerías. Porque ya he dicho que al ingenio y á la flexibilidad es preciso añadir, en la cuenta de sus méritos, la independencia. Yo sé—y por este rasgo del

hombre podrá juzgarse al escritor—que en cierta ocasión perdió un destino por soltar una fresca. Era secretario particular de un ministro, á quien diariamente visitaba otro personaje que parecía un aguador.

—¿No ha vuelto D. Fulano?—preguntó el ministro.

—Si. Ahí ha dejado la cuba—contestó Blasco.

Y su contestación fué su cesantía...

No quiero pintároslo ahora como un hosco moralista. En modo alguno. Él lo comprendía y disculpaba todo. Si por el ingenio pudo hacerse temer, por la indulgencia supo hacerse amar.

De mí puedo responderos que una vez me enfadé con él—no por culpa suya, ni mía, sino por daño de algunos chismosos, que me aseguraron el ser suyo un artículo que no lo era—y le acometí lanza en ristre. Él me desarmó con sonrisas y flores en una carta breve, dulcemente burlona y paternalmente efusiva.

Sólo con su facilidad era comparable su distinción. Leed su comedia *Alta chulería* y admiraréis una vez más qué ingenio tan fácil había en la musa dramática de Eusebio Blasco y qué sinceramente invencible horror á la ordinariez!

CARAMANCHEL

UNA CARTA

Sr. D. Wenceslao Blasco

Querido amigo: Hará un año, la empresa del teatro de Lara me habló de la presente comedia *Alta chulería*, y me indicó que pareciéndole admirable y muy teatral el primer acto, no tenía la misma confianza en el segundo, por parecerle algo arriesgado para nuestro público y deseaba que yo estudiara si había medio de refundirlo atendiendo á dichas indicaciones; leí la obra y aparte el respeto que merece toda obra de autor que ya no existe, no hallé en ella atrevimientos tales que pudieran espantar á nuestro público; así lo hice presente y así se lo dije á usted también y vuelvo á repetirlo; por defectuoso en cualquier otro sentido no hubiera tenido inconveniente en aceptar la refundición, siempre temeroso de empeorarla, pero con el mejor deseo de acierto; por atrevida, la verdad, no creí que hubiera nada que corregir en ella.

Queda suyo afectísimo amigo,

JACINTO BENAVENTE

Noviembre de 1905.

ALTA CHULERIA

COMEDIA INÉDITA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Madrid, 1898.

PERSONAJES

El Conde.
La Condesa (Mónica).
El Marqués (Fernando).
La Marquesa (María).
El Doctor.
Catalina.
Isidra.
Paca.
La Peinadora.
Anselmo.
Pepe.
Manolo.
El chico.
Cantaor 1.º
Idem 2.º
El cochero.
Varios criados.
El sereno.
Un guardia.



ACTO PRIMERO

La casa de la Catalina. Interior modesto. Un piano y sobre él una guitarra. Sobre un sofá y en algunas sillas ropas de lujo, mantones de Manila. En un lado un gran baul ó cofre cerrado. Es el interior de una prendera rica.

ESCENA PRIMERA

Catalina, Isidra, La Peinadora.

ISIDRA

¡Doña Catalina! ¡Doña Catalina!

CATALINA *(Dentro)*.

¡Voy!

ISIDRA

Aquí estoy ya.

CATALINA

Voy enseguida, espera un instante que están cabando de peinarme.

ISIDRA

ıeno.

CATALINA

¿Traes guita?

ISIDRA

Sí señora.

CATALINA

Me alegro mucho.

ISIDRA

(Sacando del bolsillo dinero y billetes y contando.) Ocho, diez, doce, catorce duros por un lado y quince y dos diez y siete por otro lado...

CATALINA

Vaya, aquí me tienes. Hasta mañana, Manuela.

LA PEINADORA

No me voy todavía, tengo que decirle á usted algo que interesa.

CATALINA

Bueno. A ver tú ¿qué traes?

ISIDRA

Pues miste, catorce duros que me ha dao la del coronel; y con esto ya tiene pagados los pendientes.

CATALINA

Buena persona. Se conoce que el coronel anda bien de fondos.

ISIDRA

Y diez y siete duros que me ha dado á cuenta la tipa de la calle del Barquillo.

CATALINA

¡Vamos! ¡También ésta paga! ¡Cosa rara! Porque llevo una temporada que se la doy á la más pintada.

ISIDRA

La más pintada es usté, porque lo que es hoy se ha puesto usté la cara que parece el Círculo de Bellas Artes.

CATALINA

Mira Isidra, hace tiempo que te has vuelto muy insolente, ¿oyes? Con vosotras no sirve ser amable, habéis de responder á coces.

ISIDRA

Porque estoy muy retearta, ¿sabe usté? Porque hace usté por las demás y no hace por mí; ¡porque usté parece prendera y hace usté á todo!

CATALINA

¿Cómo á todo?

LA PEINADORA

Isidra, Isidra, no te pises la cola que te vas á caer.

ISIDRA

¡Ay, que me va á enseñar á vivir la peinadora! Pues mira, ya sabes que yo me peino sola, y si me hiciera falta que me pienaran no serías tú.

LA PEINADORA

¡Pues por mí que te peinen!

CATALINA

¿Pero qué es esto? ¿Qué es lo que tenéis hoy? La una al peinarme me ha hecho ver las estrellas, la otra se me sube á las barbas... ¡A ver! *(Muy colérica alzando una silla y dando con ella un golpe en el suelo).* ¡Las cosas claras! ¿Qué es esto?

ISIDRA

¡Pues sépalo usté! A mí no me da usté á ganar una peseta más que enviándome á cobrar ó á recados de los que usté sabe. Y luego sé yo que aquí hay juelgas por la noche y se cena y se bebe y se canta y se baila y en vez de venir una, vienen personas extrañas y mujeres de vida airada.

CATALINA

¡Ah, vamos!

LA PEINADORA

Tié razón.

CATALINA

Hola ¿tú le das la razón?

LA PEINADORA

En cuanto que pide cosas regulares, yo estoy de su parte, porque á mí me pasa lo mismo.

ISIDRA

¡Ahí tiene usté!

LA PEINADORA

Y eso es lo que quería hablar con usté. Aquí viene Fernandito Galles y el chico del general Kun y otros muchachos que se dejan muchas pesetas en su casa de usté, y el dinero que se gastan en una juelga se lo llevan personas *alquiladas*. ¡Pues no es una tan fea!

ISIDRA

Ni tan sosa!

LA PEINADORA

¡Ni tan patosa!

ISIDRA

¡Ni tan arguellá!

CATALINA

¡Bueno¡ Yo no os había dicho nada... porque como las dáis de finolis.

ISIDRA

¡Y lo somos!

CATALINA

Y en esas raras veces en que por dar gusto á Don Fernando, que una lo ha conocido tan niño.....

LA PEINADORA

¡Estate quieto, niño!

CATALINA

Suelen los señores propasarse.

ISIDRA

¿Conmigo? ¡Vaya que no!

LA PEINADORA

¡No nos van á comer los señoritos esos.

ISIDRA

¡Y si nos comen, pué que no les haremos daño

CATALINA

Bueno, bueno, bueno, estamos conformes, ya sabéis que á mí me gusta tratar á mis protegidas como una madre. ¿Queréis juelga? Juelga tendréis; y esta misma noche.

LA PEINADORA

¿Esta noche?

CATALINA

Pero no vengáis á cenar como unas hambrientas y á no hacer nada que valga dos cuartos. ¿Qué sabéis hacer?

LA PEINADORA

¡Pues... de tóo!

CATALINA

¡De veras!

LA PEINADORA

¿Usté no ma oído y mí cantar?

CATALINA

¡Ah, te cantas?

LA PEINADORA

¿Que si me canto? ¡Y me jaleo sola!

CATALINA *(A la Isidra).*

¿Y tú qué sabes?

ISIDRA

Yo sé de qué color es el aire.

LA PEINADORA

¡Isidrilla!

ISIDRA

Me las bailo si hace falta, con el clero castrense.

CATALINA

¡Corriente! El señorito Fernando me dijo ayer que quería pasar una noche alegre, que está aburrido... creo que no anda bien con su mujer, ya sabes, la hija de la generala aquella que me compra las alhajas.

ISIDRA

Sí, lo conozco y á su suegra y á todos.

CATALINA

Es verdad, que has ido á su casa.

ISIDRA

¡Vaya! Una vez me quiso coger entre puertas y le dí una bofetá que se oyó en las Ventas.

LA PEINADORA

Fernando está harto de su mujer y de su suegra y hasta der gato de su casa.

CATALINA

¿También tú le conoces?

LA PEINADORA

¡Ya lo creo!

CATALINA

Pues ea, arreglarse muy bien, esta noche deben venir tres ó cuatro y han pedido cantadoras y bailadoras y han dado á cuenta treinta duros, en fin, se pasará la noche. Hace un mes se dejaron aquí más de cuatro mil reales. Con que, de las doce en adelante, podéis estar listas.

LA PEINADORA

¿Hay que ponerse el pañolón?

CATALINA

¡Pues es claro!

ISIDRA

¿Y yo también?

CATALINA

Pero sosas, si no las dáis de flamencas ¿á que venís? Todos flamencos, eso es lo que priva, yo soy prendera y madrileña hace cuarenta años y no sabía lo que era flamenco hasta ahora. Conque á vestirse para la corrida. (*Suena la campanilla*).

ISIDRA

Vamos, tú, y haz favor de divertirte esta noche sin meter la patita.

LA PEINADORA

Anda, tú, que ya veremos si sabes beberlo.

ISIDRA

¡Hasta luego!

CATALINA

¡Hasta luego!

ESCENA II

Catalina, la Condesa, la Marquesa.

CATALINA

Bueno, ahora voy á buscar á la cantadora. El Fernandito está perdido por ella, pero no sacará nada, y si se entera el Feo vamos á tener

bronca; en fin á mí ¿qué? ¡Jesús! (*Viéndolas entrar*).

LA CONDESA

Buenas tardes.

CATALINA

¡Señora!... ¡señorita!

LA MARQUESA

(¡Qué vergüenza!)

CATALINA

Siéntense las señoras, ¿quién había de contar con visita tan inesperada? (*La marquesa se sienta junto á una puerta, esquivando el rostro*).

LA CONDESA

Es visita forzosa.

CATALINA

Ya me figuro, la señora ó la señora Marquesa querrán algo bueno, bonito y barato, para algún regalo, una de esas cosas que no las hay más que en mi casa, encajes, alhajas.... (*Mientras habla, la Condesa inspecciona el cuarto sin oirla*) pues precisamente se ha vendido ayer toda la casa de una persona que ha tenido muchas desgracias de familia, y van á ver las señoras cosas tan ricas y tan baratas... (*Lo dice sacando de un armario, mantillas y abanicos*) que esto es el acabóse...

LA CONDESA (*Muy seca*)

No venimos á eso.

CATALINA (*Bajando*)

Ah!

LA CONDESA

Para comprar la haríamos venir á usted á casa como de costumbre; y mi hija no suele subir cinco pisos á casas como ésta...

CATALINA

Doña Mónica, mi casa es una casa honrada.

LA CONDESA

¡O no!

CATALINA

¿Cómo que no?

LA MARQUESA (*Temerosa*)

¡Mamá!

LA CONDESA

¡Déjame! Y aunque no hubiera usted venido nunca á la mía, no se hubiera perdido nada!

CATALINA

¿Pues qué queja tienen las señoras de mí? No las he vendido cosas primorosas y más baratas que á nadie? Cuando la señorita se casó no fué Catalina Minuesa la que le procuró á usted por tres mil duros muebles, ropas y brillantes

que le hubieran costado triple en la tienda? ¿Y he molestado nunca á las señoras para el pago?

LA CONDESA

¿Se le debe á usted algo?

CATALINA

No señora; pero es un decir.

LA CONDESA

Pues entonces.....

CATALINA

Pues entonces ¿por qué viene la señora con esa cara de mal humor? ¿Que viene á ser esto?

LA CONDESA

Viene á ser que mi yerno el Marqués á quien usted tiene sorbido el seso con sus enredos...

CATALINA

Yo no sorbo sesos de nadie, ni me gustan tampoco...

LA CONDESA

¡Cállese usted!

LA MARQUESA

¡Mamá!

LA CONDESA

¡Que me dejes! Mi yerno, á usted se le puede decir, porque lo sabe mejor que nadie; mi yer-

no está perdido. La dote de su mujer, aquel dinero ganado honradamente por mi marido, se la ha jugado; es un huésped en su casa. Vive entre chulos y bailadoras, firma pagarés al ciento por ciento, que usted negocia; aqui vienen á cantar y á eso que ahora llaman juelgas esas mujerzuelas que á él le gustan olvidando á la suya... (*La Marquesa llora*) ¡No llores!

LA MARQUESA

¡Pero mamá!

LA CONDESA

¡En casa de las prenderas no se llora!

CATALINA

Señora.....

LA CONDESA

Y ya hemos llegado al caso de que desaparezcan alhajas y objetos de valor y se traigan aquí á que usted dé por ellos lo que le hace falta para vicios; usted le atrae; usted le protege; usted viene á ser su ninfa Egeria...

CATALINA

¡A mí no me ponga usted motes!

LA CONDESA

No me acobardará usted aunque esté en su casa! Ayer mismo han traído aquí un baul

lleno de cosas antiguas magníficas... ¡allí está, aquél es, niéguelo usted, Celestina!

CATALINA

¡Catalina!

LA CONDESA

¡Celestina!

CATALINA

¡Pero, señora, si sabré yo como me llamo!

LA CONDESA

Celestina quiere decir la que hace servicio de tercera.

CATALINA

¡Yo he viajado en primera clase desde que hay trenes!

LA CONDESA

Vamos al caso.

LA MARQUESA

(¡Dios mío, Dios mío!)

LA CONDESA

¿Qué le ha dado usted á mi yerno por lo que hay en ese baul?

CATALINA

Señora, yo lo he comprado, y es mío.

LA CONDESA

Y yo lo recobraré.

CATALINA

Como eran cosas viejas... (*Va á sacar lo que hay dentro*).

LA CONDESA

¡Viejas! Antiguas, querrá usted decir, recuerdos sagrados de familia. Aquellos vestidos de medio paso que llevaban nuestras abuelas, las casacas riquísimas del abuelo de mi marido, trajes completos que recuerdan toda una época y que nosotros conservamos como reliquias... Mi marido tiene el culto de lo antiguo; ya ha visto usted nuestro salón, todo amueblado de principios de siglo, que vale un dineral... ¡y llama usted á esto cosas viejas! ¿Cuánto ha dado usted?

CATALINA

Tres mil pesetas.

LA CONDESA

(*Sacando una carterita y arrojándola sobre la mesa.*) Ahí va mucho más, tómelas usted y envíe á llamar un mozo para que lleve eso á nuestro hotel.

CATALINA

Pierda la señora cuidado; esta misma noche...

LA CONDESA

¡Ahora mismo!, ¿oye usted? ¡Ahora mismo!

CATALINA

Pero es que estoy sola.

LA CONDESA

Vaya usted á buscar un mozo de cordel, nosotras esperaremos.

CATALINA

Si la señora tiene mucho empeño...

LA CONDESA

¡Yo no tengo empeño!

CATALINA

Bueno, señora, bueno, en seguida vuelvo... (Yo ya hice mi negocio...).

LA CONDESA

En la esquina hay mozos, vaya usted en seguida.

CATALINA

Ahí se quedan las señoras, amas de casa; voy sin perder momento...

LA MARQUESA

¡Vaya una bruja!

ESCENA III

La Condesa.—La Marquesa.

LA MARQUESA

¡Y es aquí donde, según decía la carta anónima del otro día, se pasa Fernando las noches!

LA CONDESA

Así parece.

LA MARQUESA

¡Aquí! Mientras yo espero, y espero y espero.

LA CONDESA

Está encenagado.

LA MARQUESA

¡Mamá!

LA CONDESA

Bueno, está contagiado de esta enfermedad, de esta epidemia reinante, que ya dura hace años... Recuerda los primeros meses de tu matrimonio con él. Era un abogado distinguido, hijo de un magistrado, educado en el extranjero...

LA MARQUESA

ırnando es muy bueno en el fondo.

LA CONDESA

Pero muy perdido. ¿Aún no te has enterado de que no hay nada más sencillo ni menos vanidoso que el noble de raza, ni nada más tonto que el noble de ocasión? Tu marido fué Fernando un poco de tiempo, y en seguida se echó á marido de madrugada.

LA MARQUESA

¿Cómo?

LA CONDESA

Sí, hay maridos de día y de noche, ¿no lo sabías? Los diurnos viven como Dios manda, son ilustrados, hombres politicos, literatos, agricultores, industriales, hombres de familia; llegan á ministros, embajadores, senadores, generales; los nocturnos almuerzan á las cuatro de la tarde, comen á las diez, se juegan miles de duros al baccarrat, cenan con las chulas y se acuestan cuando salen los barrenderos. A tí te ha tocado uno que ni es de día ni de noche.....

LA MARQUESA

¿Pues de qué es?

LA CONDESA

De madrugada, como los buñuelos.

LA MARQUESA

¡Mamá!

LA CONDESA

¡Ah! Quién me hubiera dado un yerno entusiasta, patriota, tomando parte en los negocios públicos, orador, ilustrado, serio, formal, amante de su hogar, como lo fuimos nosotros, tu padre y yo, y lo somos todavía; un yerno que me hubiera dado unos nietos rubios y hermosos como los ángeles de los cuadros del pintor inmortal... ¿Pero éste? ¿No es vergonzoso verle venir como la otra noche, en aquel estado, y tener el valor de llamar á mi puerta á las cinco de la mañana?

LA MARQUESA

Por Dios.....

LA CONDESA

Y decirme á mí, á la madre de su mujer: Abra usted, mamá política, á ver si se me nota que traigo la tajada.

LA MARQUESA

¡Y es muy de agradecer! Siempre que vuelve así evita que yo le vea, su criado se encarga, por orden suya, de recordarle que á mí me aterra eso.....; mi marido es calavera, pero me respeta mucho; no, no crea usted que es malo. Y cuando tenga un hijo...

LA CONDESA

¡Qué ha de tener! ¡Hijos! ¡Tajadas! A ver, esta mujer no vuelve..... Saca de ahí esas tres mil pesetas, y dame la cartera..... (*La marquesa se sienta á la mesa y saca los billetes; al mismo tiempo ve una carta que habrá en un sobre.)*

LA MARQUESA

¡Esta carta es de mi marido!

LA CONDESA

A ver.

LA MARQUESA

Sí, su letra es..... Una carta suya aquí.....

LA CONDESA

¡Lee!

LA MARQUESA

No sé si.....

LA CONDESA

¿Todavía dudarás? ¡Lee!

LA MARQUESA *(Leyendo.)*

«Catalina: A las doce y media en punto, el arroz.» *(Mirando á su madre.)* ¡El arroz!

LA CONDESA

¡El arroz!

LA MARQUESA *(Leyendo.)*

«Ahí van treinta duros; si falta algo, á la noche se dará. Ten además unas judías estofadas con chorizos». *(La Marquesa mira á su madre.)*

LA CONDESA

¡Un hombre que tiene un cocinero chino!

LA MARQUESA

«Estofadas, de casa de la Concha». ¿Quién es esta Concha? *(Celosa).*

LA CONDESA

La taberna famosa, mujer, ¿no les oyes á todos ellos celebrarla á cada momento? Sigue.

LA MARQUESA

«Y un cochinillo de la taberna de Angel.»

LA CONDESA

¡Un cochinillo! Cada uno á lo suyo.

LA MARQUESA

«Que no falte el mollate...» ¿Y esto qué es mamá?

LA CONDESA

No sé, será algún picador de invierno.

LA MARQUESA

El mollate aquel de Valdepeñas».

LA CONDESA

Ah, vamos, es vino.

LA MARQUESA

«Porque irán Pepe Cunero y otros.»

LA CONDESA

¡Ahí tienes!

LA MARQUESA

«Y sobre todo que esté temprano la bailadora, porque ya sabes que me disloca... *(La Marquesa rompe á llorar y deja la carta. La Condesa la coje.)*

LA CONDESA

¡Grandísimo bribón! *(Lee.)* «...que me disloca... y la Paca, la Moñotieso, que es la que yo quiero, y estoy loco por ella».

LA MARQUESA

¡Loco por ella! (*Dramático*).

LA CONDESA

¡Loco por ella! ¡Esto ya es más grave! ¡Mucho más grave!

LA MARQUESA

Mi marido... enamorado de otra mujer que no soy yo... y de una mujer de éstas... ¡ah, no, eso no! *(Paseando iracunda).*

LA CONDESA

¡Era lógico, era fatal!

LA MARQUESA

¡No! Pasen las calaveradas, las noches en blanco, el juego, las borracheras, todo; pero una querida, una mujer de ese género... esto no puede ser... no puede ser... no puede ser... *(Llanto de rabia)*.

LA CONDESA

Oye, María.....

LA MARQUESA

¡No, mamá, no oigo nada, ya sabe usted que soy celosa sin motivo, con que ahora que no tengo duda... iré hasta el escándalo, y si mi marido no sabe su deber, yo se lo enseñaré!

LA CONDESA

Obremos con habilidad.

LA MARQUESA

¡Engañarme!

LA CONDESA

¡Sí, es una infamia!

LA MARQUESA

¡A mí, una mujer honrada!

LA CONDESA

¡Con una Moñotieso!

CATALINA

Ya está aquí el mozo.

LA CONDESA

Silencio, hija mía.

ESCENA IV

Catalina, la Condesa, la Marquesa.

CATALINA

Ese es el baul.

LA CONDESA

Llévelo usted enseguida á la calle de Génova, número treinta, un hotel particular; déselo usted al portero. *(El mozo carga con el baul y se va mientras hablan)*. Y ahora tenemos que hablarle á usted.

LA MARQUESA

Tengo que hablarle yo sola.

LA CONDESA

¿Cómo? Yo no puedo oir...

LA MARQUESA

No mamá, no, déjeme usted á mí, vaya usted á casa y envíeme usted el coche. Este asunto lo he de arreglar yo sola.

LA CONDESA

Creo que tu madre.....

LA MARQUESA

Ya soy mayor de edad, mamá, y es el primer asunto grave de mi vida.

LA CONDESA

Pues por eso mismo.....

LA MARQUESA

Se lo suplico á usted.

LA CONDESA

No insisto más; pero ten prudencia.

CATALINA

¿Pero qué es esto, Señor?

LA CONDESA

Ahora lo sabrá usted. Yo me voy á la novena, que hay música y gozos, allí te esperaré debajo del púlpito, de espaldas al Niño Jesús. (¡Dios nos la depare buena!)

ESCENA V

La Marquesa, Catalina. *(Hágase esto rápidamente).*

LA MAQUESA

Oiga usted, Catalina.

CATALINA

Señorita.

LA MARQUESA

No andemos con rodeos; mi marido viene aquí esta noche.

CATALINA

¿Eh?

LA MARQUESA

Estará mal hecho, pero he leío su carta.

CATALINA

Señorita, yo no tengo la culpa: don Fernando se empeña en venir; una está á ganarse una onza honradamente.

LA MARQUESA

Bueno, bueno, bueno; no discutamos lo que no tiene remedio.

CATALINA

(¡Ay, qué lío va á haber aquí, Virgen de la Paloma!)

LA MARQUESA

Mire usted; aquí están las tres mil pesetas que hay que darle á usted: en la cartera hay hasta cinco mil, ¿lo oye usted bien? Pues todo lo que hay aquí dentro va á ser para usted, con tal de que yo vea y oiga, desde donde no me vean, todo, absolutamente todo lo que aquí pase. No me haga usted observaciones, es inútil: si dura la fiesta hasta el alba, hasta el alba quiero ver eso...

CATALINA

Para sorprender...

LA MARQUESA

No hay tal cosa, usted me encerrará; había de morirme de celos y no saldría á que me viera toda esa gentuza.

CATALINA

¿Gentuza?

LA MARQUESA

¡Gentuza todos! Yo soy quien soy, no escandalizaré, se lo juro á usted por la Virgen que me oye.

CATALINA

¡Pero qué es lo que usted se propone? ¡Yo no lo entiendo! Hacerse mala sangre, ver lo que no quisiera.....

LA MARQUESA

Ver lo que nunca he visto. Aprender en qué consiste que una casucha gusta más que un palacio, una mujer del arroyo más que una señora, un... *mollate* más que un vino de Champagne en carrafas de plata, una atmósfera de vicio y de vino y de humo, más que el boudoir de una mujer bien nacida, bien educada, elegante, enamoradísima del hombre á quien dió su corazón, su vida, su título y su fortuna; yo quiero ver eso. ¡Catalina, yo quiero saber cómo es eso!

CATALINA

(¡Pobrecilla!....)

LA MARQUESA

Y ahora me va usted á decir con toda franqueza, sin formas y sin respeto, como á usted se le ocurra, pero que yo lo entienda bien...

CATALINA

Señorita, está usted muy nerviosa, se va usted á poner mala...

LA MARQUESA

¡Qué importa! Me va usted á decir, usted que anda en esto, qué secreto, qué encanto hay en esta vida y en estas mujeres que ahora privan; porque yo veo que el Duque, mi primo, se ha

separado de su mujer y de sus hijos por irse á París con una cantadora, que mi sobrino, el Barón, que aún no tiene veinticinco años, le ha dado todo lo que heredó á una cigarrera; que el Conde, mi otro primo, se gasta miles de pesetas en los altos de Fornos todas las noches con toreros y chulas, que todos hablan como ellas y viven para ellas, y, ahora que me toca á mí sufrir también este desengaño, pregunto y repito, ¿cuál es el secreto que dicen que hacen, qué poder misterioso tienen esas mujeres? Sépalo yo, vea yo de cerca este mundo, porque más que quiero yo á mi Fernando, no pueden quererlo ni ellas ni mil como ellas, ni ninguna, ni nadie! *(Llorando)*.

CATALINA

¿De modo que la señora Marquesa quiere que yo la explique por qué vuelven locos á los hombres?

LA MARQUESA

¡Sí!

CATALINA

Eso no se puede explicar.

LA MARQUESA

¿Por qué?

CATALINA

(Señalando al público). Porque hay gente delante.

LA MARQUESA

¡Ah!

CATALINA

¡Eso hay que verlo! *(Con malicia y seriedad).*

LA MARQUESA

¿Verdad? Por eso quiero pasar aquí dos, tres, cuatro horas espantosas.....

CATALINA

¡Y también seis!

LA MARQUESA

No importa.

CATALINA

Hay veces que se están hasta el día siguiente...

LA MARQUESA

Bueno.

CATALINA

¡Y la señorita no resistirá!

LA MARQUESA

Juro que sí.

CATALINA

¿Se dejará encerrar?

LA MARQUESA

¡Y allí me muero antes de que tal gente me vea!.... Lo más que puede suceder es que cuando me irrite, haga pedazos todo lo que encuentre; es mi manía cuando me enfado.

CATALINA

¡Señorita, por Dios, que tengo el cuarto lleno de cristal, de jarrones magníficos!

LA MARQUESA

¡Sí, mujer, sí, ahí va todo!

CATALINA

Bueno, pues allí será; *(Suena la campanilla.)* y ahora, que viene gente.

LA MARQUESA

Puedo enterarme del escondite.

CATALINA

Y arreglarse el rincón, porque la broma será larga.

LA MARQUESA

¡Qué importa! Vea usted quién es, allí espero.

CATALINA

y, qué belén, qué belén, qué belén!

ESCENA VI

Catalina. El chico *(con una cesta).*

CATALINA

Entra, entra, ¿qué traes?

EL CHICO

(Es jorobado. Habla gangoso.) Que aquí tiene usté el embuchao y las aliñás y las bocas y que también tiene usté las botellas de Valdepeñas y la Manzanilla; que también traigo tenedores y cuchillos por si hacen falta; que luego iré por el cochinillo y que me dé usté algo adelantado por lo que puedan romper, porque dice el amo que aquí se rompe siempre algo, porque los señoritos que vienen á su casa son unos sinvergüenzas.

CATALINA

Bueno hombre, bueno; déjalo todo ahí y quédate hasta que venga gente para que abras la puerta.

EL CHICO

Que yo quería, si me hace usté el favor de dejarme ver alguna cosita de la juelga, porque á mí me gusta mucho ver á los que se dan pa-

taditas, y yo también me las doy, verá usté que bien. *(Bailando á lo flamenco y cantando con un aire cualquiera pero muy rápido.)*

¡Estuve sirviendo un año
en casa e la mondonguera
salario no te daré,
mondongo tó lo que quieras!

CATALINA

(Dándole un puntapié.) ¡Quita de ahí, bestia!

EL CHICO

¡Ay, que me ha hecho usté daño! *(Campanilla.)*

CATALINA

Anda á abrir y deja la puerta entornada.

EL CHICO

¿Me dejará usté ver la juelga?

CATALINA

¡Anda!

(Así que se va, la Catalina va á la puerta del cuarto donde está la Marquesa y abre, y dice dándole una llave grande que sacará del bolsillo:)

Esta es la llave del cuarto del lado; yo tengo alquilados los dos del piso para almacenes, y hay puerta de comunicación. La señora no tiene más que subir, entrar y por el otro lado

llegar hasta aquí; yo cerraré por este lado. ¡Pero por Dios no me rompa usted los cacharros!

LA MARQUESA

Está así tratado.

CATALINA

Váyase, pues, por el segundo izquierda.

LA MARQUESA

Eso es.

CATALINA

De ese modo si lo que ve no le gusta, se va sin compromiso.

LA MARQUESA

Muy bien. ¡Ah, señor Marqués, ahora le veremos á usted tal como es, y luego hablaremos! *(Se va.)*

CATALINA

Dos mil pesetas..... aunque se arme una bronca, está bien pagado.

ESCENA VII

El Marqués, Catalina, Pepe.

(Antes de entrar en escena se les oye hablar alto y reir á carcajadas. Vendrán vestidos de frac ó smoking y corbatas blancas y abrigos encima).

EL MARQUÉS

¡Dale dos patadas, hombre, dale dos patadas!

PEPE

Es un morral.

EL MARQUÉS

Hola Catalina ¿qué tal va eso?

CATALINA

Buenas noches Marquesito; hola Don José; bien venidos.

PEPE

Adiós firma, ¡qué buena estás! Ya no me acordaba yo de esta casa.

EL MARQUÉS

Conque, vamos á ver, que tenemos prisa: *(Tendiéndose en un sillón, sin quitarse el sombrero y poniendo los pies en la mesa.)* ¿Cómo andamos de cena?

PEPE

Yo no tengo hambre; he almorzado á las cuatro, he estado jugando hasta ahora, tengo la sombra más mala del mundo. Veintitrés cartas seguidas he perdido.

EL MARQUÉS

¡Por bestia!

PEPE

¿Cómo por bestia?

EL MARQUÉS

¡Haberlas certificado! ¡Así no se pierden!

PEPE

¡Podías certificar las que pierdes tú, que también te traes un pato, que pa con olivas!

CATALINA

Ya veréis que cena os voy á arreglar, hijos de mi vida.

EL MARQUÉS

Tráete un fosforito, mamá.

PEPE

Esta Catalina se parece á tu suegra *(Carcajadas.)*

EL MARQUÉS

¡Buena está mi suegra! Le ha enseñado á mi

mujer á ponerse á malas... y ella tiene la culpa de que ande yo torcido con María.

PEPE

Vaya, vaya, chico, no te las des de marido, que ya nos conocemos ¿eh? Tú estás perdido por la Paca, con que déjate de ternuras.

EL MARQUÉS

¡La Paca! Ya podía estar aquí.

CATALINA *(Con malicia.)*

¡No tardará, no hay que impacientarse!

PEPE

¡Y tú dándole dinero á cambio de risa!

EL MARQUÉS

¡Me desespera! El dinero es lo de menos..., pero esa resistencia, ese talento de atraerme para luego reirse de mí... ¡la otra noche en el Liceo Rius á poco la mato!

PEPE

Mira que si tu suegra te viera en el Liceo Rius...

EL MARQUÉS

¿Y mi suegro, qué diría?

Voz dentro.

¡Doña Catalina! *(La Catalina se va).*

PEPE

¡Quién vive!

EL MARQUÉS

Gracias á la Catalina que me saca de apuros; ayer le vendí unos casacones y unas faldas antiguas que pude sacar de casa como los ladrones... Está uno ya en las últimas...; mil pesetas me dió ésta.

PEPE

Serán cosas muy buenas.

EL MARQUÉS

Dicen que eran de Calomarde, ¡mira tú que la casaca de Calomarde empeñada, tiene que ver!

PEPE

¿De modo que estamos en fondos?

EL MARQUÉS

Mil pesetas que me dió, mil que he gastado esta tarde, mil que he pagado, tengo siempre un Veraguas.

PEPE

(Levantándose y acercándose á él y haciendo con la capa como para sacar á un toro de entre barreras.) ¡Uuuuh! ¡Uuuuh!!

EL MARQUÉS

¿Qué es eso?

PEPE

¡A ver si te lo saco de barreras!

EL MARQUÉS

No; no me pidas dinero, Pepito, ya te he dado bastante.

PEPE

¡Anda hombre, cinco duritos por si ocurre algo esta noche, no tengo una mota!

CATALINA

¡Llaman!

ESCENA VIII

Dichos, Paca, Manolo, Isidra y los Cantaores.

PACA

¡Hola, firmas!

EL MARQUÉS

¡La Paca!

PEPE

¡Olé, las mujercitas que se las traen!

PACA

¡Ay, er Pepito! ¿Qué traes tú aquí?

EL MARQUÉS

¡Déjate de Pepes! (*Se la lleva á un lado para hablar con ella mientras hablan los otros personajes.*)

PEPE

¡Pus á verte, cuerpo güeno!

EL MARQUÉS

Gracias á Dios que das señales de vida.

PACA

¿De veras?

EL CHICO

Aquí está el cochinillo.

CATALINA

¡Pon la mesa, saltamontes! (*El chico pone la mesa con la Catalina)*.

LOS CANTAORES

¡Salú cabayeros!

MANOLO

¡Aquí estamos todos!

PEPE

¡Hola, Manolo!

MANOLO

¡Pa servir á ustedes! ¡Ay, que están ahí Pablo y Virginia! ¡Chico, vengo de Eslava, he encon-

trado una barbiana que viene de Chiclana, que vuelve loco al verbo y al adjetivo!

LA PEINADORA

Muy güenas noches.

PEPE

Bienvenida, niña. ¿Esto qué es, Catalina?

CATALINA

Esto es una personita muy formal y muy bien concluída que tiene el honor de cenar con nosotros.

MANOLO

¿Y cómo se llama usted, niña?

LA PEINADORA

Yo me llamo queriendo, y ¿osté?

MANOLO

Y yo muriéndome de hambre. ¿Se cena ó qué?

EL CHICO

Ay, qué mujeres más barbianas, paecen de las cajas de fósforos!

PEPE

¿Este es el chico de la taberna?

EL CHICO

Sí, señor.

PEPE

¡Es muy amigo mío! ¿Qué tal, hombre? ¿Sigues bailándote?

EL CHICO

Sí, señor, verá usté. *(Bailando y tocando las palmas.)*

¡Yo me voy tempranito
por las mañanas,
á tomar un churrito
con las barbianas,
que está el Prado que arde
que zurra que es tarde
que está el Obelisco
que está echando cisco!

CATALINA

¡Anda de ahí, animal! *(Dándole un puntapié.)*

EL MARQUÉS

¿Dónde has estado?

PACA

¿Y á tí qué te importa?

EL MARQUÉS

¿Por qué no acudiste ayer á la cita?

PACA

Porque tenía fiebre y estaba encaniá.

EL MARQUÉS

Fiebre la que tú me das á mí, mala sangre, que sabes que se te quiere y por lo mismo que se te quiere, parece que tienes gusto en dar que rabiar. ¡Ven aquí! Ven, que yo te vea de cerca, ¿qué es lo que tu quieres? ¿qué es lo que te hace falta? ¡Habla! ¡Cuidado que eres bonita! Pareces arrancada de un cuadro de Goya.

PACA

¿Y quién es ese?

EL MARQUÉS

Catalina, ¿no tienes ahí los trajes aquellos?

CATALINA

No, señor; los he vendido.

EL MARQUÉS

Qué lástima, le irían tan bien á la Paca, ¡bendita seas!

(Óyese gran estruendo de cosas rotas en el cuarto donde está encerrada la Marquesa.)

MANOLO

¿Qué es eso?

ISIDRA

¿Qué pasa?

CATALINA

(¡Ay, mis tibores! ¡Mis tibores!)

PEPE

¿Se ha desmoronado la cena?

MANOLO

¿Y usté de que las dá, niña?

LA PEINADORA

De bonita.

MANOLO

Y yo de arrancao, pa servir á usté.

PEPE

¡Vaya hombre, alterna!

EL MARQUÉS

Cenad, cenad, canten ustedes... Yo estoy ocupado...

MANOLO

¡A ver ese arroz! *(Se sientan todos á la mesa.)*

EL CHICO

(Aparte á la peinadora.) (Ole por las mujeres de verdá.)

LA PEINADORA

¡Quita de ahí, curiana!

CANTAOR 1.°

Esta noche va á haber aquí bronca.

CANTAOR 2.°

Ya, ya veo que el niño gótico te camela la Isidra.

CANTAOR 1.°

Y yo le corto la cara esta noche. ¡Que se la corto!

MANOLO

¡A ver ese cante, arrímate más, no seas patosa!

CANTAOR 1.°

¡Que le corto la cara!

CATALINA

¿Han venido ustedes á rezar el rosario?

PEPE

¡Venga de ahí!

MANOLO

¡Señores, qué arroz! ¡Está que habla!

PEPE

¡Meta usted mano, niña, que está particular!

EL MARQUÉS

Mira Paca, no me marees, que ya sabes que cuando me pones nervioso no respondo de mí.

PACA

Tú eres un desaborío que me das unas latas.

de á mil duros la gruesa, y yo he venío aquí á cenar ¿oyes, tú? *(Levantándose.)*

EL MARQUÉS

Pero oye, espera...

PACA

¡Que nó! ¡A ver donde caigo yo, taifa é golfos! *(A los que están sentados.)*

PEPE

¡Aquí!

MANOLO

¡Aquí!

ISIDRA

¡Aquí!

EL MARQUÉS

Se colocará donde á mí me dé la gana.

PACA

¡Vaya, pónganle ostés á mi vera por si se pone malo!

(*Antes de que se siente y llevándosela aparte, cerca de la puerta donde está escondida la Marquesa.*)

EL MARQUÉS

Ven un momento, óyeme un instante. ¿Tú po- qué no me quieres?

PACA

¡Porque eres muy feo y muy infundioso!

EL MARQUÉS

No seas mala persona, oye...

PACA

Y porque tú no eres hombre pa mí. Tú estás cogío ¿lo oyes? Pa broma, un ratito, pero yo no quió na con hombres casaos ¿estás tú? Y yo los tengo solteros á manojos! ¡Así, á puñáas! ¡Haser hueco!

MANOLO *(A Pepe.)*

¡La niña esta se trae un olor á almizcle barato, que vuelca!

LA PEINADORA

¡Déle usté pan mojao en vino al cantaor á ver si rompe!

CANTAOR 2.° *(Al 1.°)*

¡Echala, hombre, no seas lila!

CANTAOR 1.° *(Cantando.)*

¡Ayyyyy! *(Jipío muy largo.)*

PEPE

¡Señores, lo que va á llover!

MANOLO

¡Camará, vaya una voz que se trae usté, para maitines!

CANTAOR 2.° *(Al 1.°)*

No metas la pata, déjalos.

ISIDRA

Pues es el cantador de moda. Por eso le he traído yo.

PEPE

¿Ah, es cosa de usté?

ISIDRA

¡Puede!

CATALINA

¡Cállate, estúpida!

CATAOR 1.°

¡Ayyyyyyyyyyy!

PEPE

¡Hombre, venga usted á tomar algo, no se moleste usté!

CANTAOR 1.°

¿Pues á qué viene uno?

ISIDRA

¡Tié razón!

PEPE

Vaya, ¿se está usté timando con el artista ó q es esto?

ISIDRA

¡Puede!

MANOLO

¡Ay, qué soso está esto! Y Fernando sin dejar meter baza á la Paca; ¡hombre haz favor de alternar, deja que cante ella!

LA PEINADORA

¡Que cante la Paca!

MANOLO

¡Unas pataítas!

EL MARQUÉS

¡No hagas caso!

CATALINA

¡Dejarla!

ISIDRA

¡Que se cante!

TODOS *(A coro).*

¡Que se cante!
¡que se cante!
¡que se cante!
¡que se cante!

PACA

. ues ya lo creo! A ver, señó Julián, écheme ɔsté un golpe de malagueñas metías en polo.

TODOS

¡Aire! (*La Paca canta.*)

EL MARQUÉS

¡Y que no se pone graciosa la maldita!

PACA (*al Marqués.*)

¡Pa tí voy á cantar, latoso!

EL MARQUÉS

¡Bendita sea tu alma! (*Estrépito dentro.*)

CATALINA

(¡Ay, mis tibores! ¡Mis tibores!)

PEPE

¿Pero quién vive ahí al lado, Catalina?

CATALINA

Pues un coronel retirado que juega con los niños.

PEPE

¡Los va á hacer polvo!

MANOLO (*al Marqués.*)

Chico, parece que estás encantao, se te cae la baba!

EL MARQUÉS

¿Y á tí que te importa? Cena y calla.

MANOLO

¡Si te viera tu suegra!

TODOS

¡Ay, su suegra!

EL MARQUÉS

¿Por qué mezclas en la conversación á mi suegra?

MANOLO

¡Porque me da la gana, no faltaría más!

CANTAOR 1.°

¡Tié razón!

EL MARQUÉS

¿Y á usted, grillo ronco, quién le mete á hablar?

CANTAOR 2.°

¡Grillo ta llamao!

MANOLO

Anoche soñaba yo que tu mujer, tu suegra y el senador, tu padre político, estaban en su hotel vestidos de majos dándose pataditas. Así, de Goya, como quisieras tú á esta *desmaná!*

CATALINA

No sea usté pesao, don Manuel.

EL MARQUÉS

Te prohibo lanzar aquí el nombre de mi mujer!

PACA

¡Ay, que te la vamos á estropear!

EL MARQUÉS

¡Y á tí también!

MANOLO

¿Por qué? Yo la veía en sueños vestida de manola cantándote las seguidillas del pajarito.

EL MARQUÉS

Repito que el nombre de la Marquesa, mi mujer, no puede citarse aquí.

CANTAOR

¡No se puée hablar!

MANOLO

Yo digo lo que me da la gana.

PEPE

No la armes, Manolo, déjanos cenar.

EL MARQUÉS

Yo me divierto fuera de mi casa como quiero, pero no doy derecho á nadie...

LA PEINADORA

Pus vete á tu casa, patoso.

EL MARQUÉS

No me busquéis bronca, porque la tendr ¿oyes?

MANOLO

¡A mí no me das tú miedo!

CANTAOR 1.°

¡Ni á mí!

MANOLO

¡Cállese usté, tío catorce!

CANTAOR 1.°

¿Yo? (*Levantándose.*)

CANTAOR 2.°

¡No metas la pata!

CANTAOR 1.°

¿A mí? ¡Tío catorce! ¡Sujetarme!

EL MARQUÉS

¡Te prohibo que hables de mi familia!

MANOLO

¡Pues hablaré lo que quiera! ¿Lo oyes, matón de boquilla?

EL MARQUÉS

¡O no!

CATALINA

¡Por Dios, señor Marqués!

ISIDRA

¡No armarla!

LA PEINADORA

¡Déjalos!

MANOLO

¡Tú las das de guapo y eso se va á acabar!

PACA

¡Es muy hombre!

EL MARQUÉS *(A Paca.)*

¡Y tú vas á ir por el balcón!

CANTAOR 1.° *(A Manolo.)*

¡Y usté también!

CATALINA

¡Ay Dios mío!

(Bronca, van las botellas por el aire, los platos, el Marqués acomete á Manolo, los cantaores dan guitarrazos, las mujeres abren los balcones y gritan).

ISIDRA

¡Sereno!

LA PEINADORA

¡Guardias!

EL MARQUÉS

¡Canallas!

CANTAOR 2.°

Matarlo!

CANTAOR 1.°

¡Apagá la lú! *(Apagan.)*

ISIDRA

¡Sereno!

LA PEINADORA

¡Guardias!

CATALINA

¡Fuera de mi casa!

MANOLO

¡Echarse fuera!

CANTAORES

¡A la calle!

(Salen todos empujándose y pegándose. Se oyen fuera dos tiros).

ESCENA ÚLTIMA

Catalina, la Marquesa.

CATALINA

Y la señora encerrrada...

LA MARQUESA

(Golpeando.) ¡Catalina, abre!

CATALINA

(Abriendo.) ¡Por Dios, señorita!...

LA MARQUESA

¿Se han ido todos?

CATALINA

No sé.

LA MARQUESA

¡Corre! ¡Búscame un coche, ven conmigo!

CATALINA

¡Adónde!

LA MARQUESA

¡Adonde vaya mi marido! ¡Con él, tras él, siempre con él!

CATALINA

¡Sube gente! Esperemos aquí, luego saldremos... *(Se ocultan foro derecha.)*

LA MARQUESA

¡Qué gente, qué mundo! ¡Qué noche!

EL SERENO

(Entra precipitadamente, seguido de un guardia, recorre corriendo la escena diciendo.)
¡Todos presus! ¡Alto á la autoridaz!

GUARDIA

¡Registru dumiciliario...!
(Entran en el cuarto derecha. El chico de la taberna sale de debajo de la mesa y se va corriendo y gritando.)

EL CHICO

¡Bronca en el 9! ¡Bronca en el 9! ¡Bronca en el 9!

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

Salón en el hotel de la Marquesa. Muebles y tapices de principios de siglo, cacharros, armas, etc., etc. A un lado, gran chimenea y junto á ella sillones; por la escena sillones y asientos cómodos; un piano, una mesa grande en el centro. Los criados que aparecen para servir lo que se pide han de estar vestidos de calzón corto, con libreas lujosas. Toda la escena debe estar elegantísima y muy iluminada.

ESCENA PRIMERA

El Conde, el Doctor, la Condesa, Anselmo, *con traje de ciclista, obscuro, Doña Mónica se pasea del proscenio al fondo agitadísima. El Conde está apoyado en la chimenea, de pie, calentándose la espalda. El Doctor sentado á la izquierda en un sillón, con las manos sobre las piernas y cruzadas, la cabeza baja, como quien piensa algo grave. Anselmo lee en otro lado, sentado también, en un libro. Un criado trae agua al Conde, que la bebe de pie.*

LA CONDESA

¡Esto no puede ser!

EL CONDE

¡Así no nos podemos estar!

ANSELMO

Nada, no se ve nada, no pasa un alma...

EL DOCTOR

Son las cuatro de la mañana.

MÓNICA

¡Anselmo, coge la bicicleta y vete al Ministerio de la Gobernación, da parte, dí que la busquen!

ANSELMO

Pero mamá ya van seis viajes que hago con la bicicleta por todo Madrid, he estado en casa de todos los amigos, me he presentado en tres bailes distintos de casas diferentes, así, de ciclista, le hemos dado un cuarto al pregonero, luego serán los chismes y cuentos... ¡yo no puedo más!

LA CONDESA

¿Luego mi hija se ha perdido? ¿Y no hacemos nada para encontrarla? ¿Ninguno de ustedes tiene una idea? Mi marido se calla, tú te quejas, el Doctor no dice nada... *(Dándole con el abanico en el hombro.)* ¡Diga usted algo, hombre!

EL DOCTOR

Señora Condesa, si no fuera porque hace cuarenta años que somos amigos, diría que yo no tengo nada que hacer aquí. Necesito mi tiempo para aprender la nueva lengua que se habla en Madrid. ¡Mis enfermos me hablan to-

dos en un idioma que me vuelve loco! Y cuando se pierde una hija, no se llama al médico, se llama al delegado!

ANSELMO

¡Qué impaciencia, Dios mío!

EL DOCTOR

Esto de vivir en la casa de al lado es una ganga. A las dos de la madrugada me hacen ustedes saltar de la cama. «¡Que venga usted corriendo!» ¡Yo creí que había dolores!

LA CONDESA

Hombre no sea usted atroz, Don Manuel.

EL DOCTOR

¡Pues es claro! Así es que me tiré al suelo y me vine sin vestirme ni nada. ¡Miren ustedes como vengo! *(Se levanta y abre un gran levitón que le cubre y se ve que está en colzoncillos, que deben ser de Punto y encarnados.)*

LA CONDESA

¡No sea usted inmoral!

EL CONDE

¡Alquitrán!

LA CONDESA

¡Tú con pedir alquitrán lo arreglas todo!

EL DOCTOR

Como que es lo que ha de curarle la tos, ¡alquitrán á pasto! Yo tomaría un poco de Jeréz si ustedes me lo dieran.

ANSELMO

Perdone usted, Doctor, con este disgusto no piensa uno en nada. *(Al criado.)* Traed fiambres, Jeréz, Champagne.

EL DOCTOR

¡Ay, sí, porque estoy desfallecido!

ANSELMO

Mamá, no se ve nada, y yo he cogido una pulmonía.

EL DOCTOR

¡La manía de todos! ¿Por qué cogen ustedes las pulmonías? ¡Déjenlas ustedes pasar! Luego se mueren y nos echan la culpa á nosotros. ¿Habré yo visto pulmonías en medio siglo de profesión? ¡Pues las veo y no las cojo! *(Los criados ponen en la mesa pastas, jamón, botellas, servicio rico y elegante)*.

LA CONDESA

¿Cree usted que la noche está para bromas?

ANSELMO

¡A mi hermana le ha sucedido alguna desgracia

EL DOCTOR

La irritan ustedes, su marido la exaspera, su madre la quema la sangre... y ya he dicho que hay que tener mucho cuidado con ella, que no se tome disgusto, ahora menos que nunca...

EL CONDE

¡Ay! ¿Y por qué? ¿Está enferma?

EL DOCTOR

¡No quisiera usted estar como ella! Venga usted, Conde, este jamón es como el abismo: atrae.

EL CONDE

¡Alquitrán!

ANSELMO

¡Ay, papá, por Dios!

EL CONDE

Necesariamente hay que resolver esto. María, según tú dices, se quedó comprando cosas en casa de la Catalina.

LA CONDESA

A las ocho menos cuarto.

ANSELMO

o he estado allí hace una hora á preguntar y no había nadie; el sereno me ha dicho que to-

dos los vecinos de la casa estaban en la prevención, y hay siete pisos!

EL DOCTOR

¿Ha ido usted á la prevención á ver si estaba también su hermana?

LA CONDESA

¡Qué cosas dice usted, Doctor!

EL DOCTOR

¡Ya va todo el mundo! Es un *sport* nuevo, como el automóvil. Su yerno de usted ha ido ya varias veces.

EL CONDE

¡Falso!

ANSELMO

¿Mi cuñado?

EL DOCTOR

El delegado tiene un loro que ya le conoce.

LA CONDESA

¡Don Manuel, por Dios!

EL DOCTOR

En cuanto le ve dice: ¡Adiós, barbián; adiós barbián!

ANSELMO

(¡Que lo oyen los criados, Doctor!)

EL DOCTOR

(¡Me habéis despertado, me la habéis de pagar!)

EL CONDE

¡Algo hay que hacer! Así no vamos á estarnos. *(A Mónica.)* Oye.....

LA CONDESA

¿Qué?

EL CONDE

¿Recuperaste lo que nuestro señor yerno sacó de casa?

LA CONDESA

(Al criado.) Abra usted. Allí está el cofre con todos los vestidos. Tres mil pesetas me ha costado.

EL CONDE

Tres mil pese..... ¡Alquitrán!

ANSELMO

Si mi hermana no parece al amanecer habrá que avisar al Gobierno.

LA CONDESA

¡Bastante tiene el Gobierno con sus líos para ocuparse de los nuestros!

ANSELMO

Al Gobierno civil, quiero decir.

EL DOCTOR

o ya lo he dicho yo antes. Venga usted Condesa, vamos á seguir el tresillo.

EL CONDE

(Va á la mesa.) ¡Buena idea!

LA CONDESA

¿Tienen ustedes calma para pensar en eso?

EL DOCTOR

En algo hemos de pasar el tiempo mientras vuelva la perdida.

EL CONDE

¿Cómo la perdida?

EL DOCTOR

¡La niña perdida!

EL CONDE

¡Anda, Mónica, ello dirá!

LA CONDESA

¡Son ustedes imposibles!

ANSELMO

Se oye ruído....

EL CONDE

Alguien grita en la calle.

ANSELMO

A ver..... *(Abre la ventana.)*

EL CONDE

¡Achis!

EL DOCTOR

¡Achis!

LA CONDESA

¡Achis!

VOZ FUERA

¡Chuletas de huerta!

EL CONDE

¿Qué dicen?

EL DOCTOR

¡Cierre usted esa ventana ó me voy!

ANSELMO

No es mi hermana, son las patatas fritas.

EL DOCTOR

¡Es igual!

LA CONDESA

¿Cómo igual?

EL CONDE

¡Oros!

EL DOCTOR

Ya la conozco á usted; tiene usted el basto.

LA CONDESA

Si que lo tengo.

EL DOCTOR

¡Y usted en agarrando el basto, no lo suelta!

EL CONDE

y.

EL CONDE

(Va á la mesa.) ¡Buena idea!

LA CONDESA

¿Tienen ustedes calma para pensar en eso?

EL DOCTOR

En algo hemos de pasar el tiempo mientr
vuelva la perdida.

EL CONDE

¿Cómo la perdida?

EL DOCTOR

¡La niña perdida!

EL CONDE

¡Anda, Mónica, ello dirá!

LA CONDESA

¡Son ustedes imposibles!

ANSELMO

Se oye ruído....

EL CONDE

Alguien grita en la calle.

A ver..... *(Ab*

¡Achis!

ALTA CHULER..

EL DOCTOI

L. CONDE..

VO. FULI.

EL COND.

EL DOCTOR

Vaya usted.

EL CONDE

Copas.

EL DOCTOR

Copas.

LA CONDESA

El rey de espadas.

EL DOCTOR

De usted.

LA CONDESA

El basto.

EL DOCTOR

Mío. ¡Vaya, tiéndase usted, señora, que la tengo sacada!

ANSELMO

¡Un coche!

LA CONDESA

¿Un coche? *(Se levanta.)*

ANSELMO

¡Sí, sí, no hay duda! *(Abre la ventana.)*

EL CONDE

¡Achís!

EL DOCTOR

¡Achís!

LA CONDESA

¡Achís!

EL DOCTOR

¡Este hotel es muy bonito, pero debe de haberlo edificado la Funeraria!

ANSELMO

No es el coche de casa...; baja una mujer con un chico.

EL CONDE

¿Pero quieres cerrar ese balcón por las trece mil virgenes?

EL DOCTOR

¡Once mil nada más, señor Conde, me parece que ya son bastantes!

UN CRIADO

Señor, una mujer que dice llamarse Catalina pide licencia á los señores para hablarles de un asunto urgente.

LA CONDESA

¡La Catalina!

EL CONDE

¿A estas horas?

LA CONDESA

¡Que entre, que entre enseguida!

EL DOCTOR

¿Quién es esa Catalina?

LA CONDESA

prendera protectora de mi yerno.

EL DOCTOR

¡Por algo es hombre de buenas prendas!

ANSELMO

Con tal de que nos dé razón de María...

CATALINA

¿Se puede?

LA CONDESA

¡Adelante!

ESCENA II

Dichos, Catalina, el Chico.

LA CONDESA

¿Qué hay, Catalina, qué trae usted, á qué viene usted aquí á estas horas? ¿Qué ha hecho usted de mi hija?

CATALINA

¡Ay, señora, no me la habré comido!

EL CONDE

Dejarla hablar.

CATALINA

Si me reciben los señores así, con irme...

EL CHICO

¡Vaya una casa! ¡Parece la colegiata de . güenza!

CATALINA

Qüédate ahí.

EL DOCTOR

Y ese enano misterioso, ¿quién es?

CATALINA

Ahora verán los señores.

LA CONDESA

¡Vamos!

CATALINA

¡Ay Jesús! ¡Déjenme vuecencias respirar, que venimos destronzaos!

(El chico estará mirándolo todo con gran curiosidad.)

EL DOCTOR

¡Voy á apuntar la palabra, porque ya es menester un diccionario para entenderse con el señorío! Todo el mundo habla en caló.

LA CONDESA

Hable usted.

CATALINA

Pues cuando la señora se fué, la señora Marquesa se empeñó en ver la juerga que había en casa, yo ya le dije que para ella sería una lata.

EL DOCTOR

(Apuntando.) ¡Juerga, lata! ¡La lengua castellana está en crisis!

CATALINA

Porque para ver á cuatro niños góticos y tres golfas tomando tintas...

EL DOCTOR

(Apuntando.) Niños góticos, golfas, tintas: ¡Oh, Cervantes, por algo se han perdido tus huesos!

LA CONDESA *(Al Doctor.)*

¿Pero quiere usted dejarla hablar?

CATALINA

Bueno, pues la señorita Marquesa quiso verlo todo, vió á su señor esposo timarse con la otra.

EL CONDE

¿Qué dice esta mujer?

CATALINA

Se armó una bronca...

EL DOCTOR

¡Bronca!

CATALINA

Salió toda la reunión por pies, el señorito fué á parar á la prevención...

EL DOCTOR

No lo dije... ¡Ahí tiene usted!

LA CONDESA

¡Espere!

CATALINA

Y la señorita me hizo tomar un coche para recorrer todos los colmados de Madrid.

EL CONDE

¿Eh?

CATALINA

Estaba como loca, dice que quiere aprender para flamenca.

EL DOCTOR

¡Como yo, que estoy aprendiendo gramática chula!

LA CONDESA

¿Pero dónde está ahora?

CATALINA

En la Viña P.

LA CONDESA

¡Jesús!

EL DOCTOR

¡Atiza, manco, como dicen los cultos!

EL CONDE

¡Esto no se puede consentir!

CATALINA

No hay cuidado, está sola, y encerrada, hasta que yo vuelva. Está oyendo, á través de las paredes de madera abiertas por arriba, conversaciones, canciones; repite muy excitada, que puesto que á su marido le gusta eso, ella le dará gusto.

EL DOCTOR

¡Tiene razón! ¡Yo voy á poner las recetas en caló!

CATALINA

En una palabra, dice que ahora vendrá, que no se acueste nadie, que la esperen, y que me dé usted veinte duros.

EL DOCTOR

¡También sablista!

CATALINA

Ella no llevaba dinero, yo tampoco, llevamos tres horas de coche, la señorita ha cenado y yo también, porque estábamos desmayadas.

EL DOCTOR

¿No vendrá con papalina?

CATALINA

¡No señor!

LA CONDESA

Vendrá trastornada, descompuesta...

EL DOCTOR

Y ya he dicho que puede costarle muy caro; no está para bromas...

EL CONDE

¡Qué disgusto! ¿Y mi señor yerno?

CATALINA

De eso éste sabrá, *(por el chico)* que se fué detrás de los señoritos; creo que le envían también; á nosotras nos encontró en la calle del Príncipe y le recogimos; tú, Bernardino, dí lo que sepas.

EL DOCTOR

Pase usted, Don Bernardino, díganos usía á qué debemos la honra de verle.

LA CONDESA

¡Cállese usted, Doctor!

EL CHICO

Pues yo, yo vengo..... ay, que no me atrevo..... me dá cortedá.....

CATALINA

Habla, no te cortes.

EL CHICO

¡Tome usté la navaja pa que no me corte! Pues después de las manguzás y las alegrías y cuando tóos aquellos pamplis después de darles coba á las golfas, tarifaron tóos, empezaron á darse tortas y morrás y el cantaor, que tenía una merluza, con un despertador que traía le dió en la cresta á un quitalis que á estas horas está en la piltra; lo que es ese no comerá más grabieles, que ya le han dado el piri.

EL CONDE

¡No entiendo una palabra!

EL DOCTOR

¡Es la lengua nueva, el idioma de moda!

EL CHICO

Pues entonces, vino el sereno y los guardias y se armó una de tiros y el señorito y los niños bobis fueron todos á la prevención y allí convidaron á buñuelos á los de la secreta que son unos boceras, y el inspector parece ser que está curda y el señorito sa escapao y está enchiquerao en casa del bizco tomando chatos con una que la llaman *la malos pasos* y están allí cantando:

¡Que ya no te quiero
por tus malas mañas,
que toma castañas
que toma castañas!

EL CONDE

¡Esto es inaguantable! *(Levantando la mano para pegarle. Indignación general.)*

ANSELMO

¡Pero á qué ha venido aquí este gusarapo!

EL CHICO

Pues hi venido porque ni la señora Catalina, ni el señorito, ni nadie ha pagao el arroz; el co-

chinillo ya está pagao pero el arroz no señor, que no está pagao, y si yo vuelvo á casa sin los cuartos, pues á ver lo que dirá el amo, toma y daca, Paca y Manuela, arroz Catalina y abur Toledo!

LA CONDESA

¡Me alegraré mucho!

EL CONDE

¡Fuera de aquí!

EL DOCTOR

¡Y para esto me han sacado ustedes de mi cama!

LA CONDESA

¡Tome usted, dígale á mi hija que venga enseguida; tú coge la bicicleta, corre, tráetela!

ANSELMO

¡Qué noche!

EL DOCTOR

¡Sí, qué noche!

CATALINA

Vuecencias dispensen, yo hago lo que se me ha dicho.

LA CONDESA

Usted es el angel malo de esta casa.

CATALINA

¡Yo!

LA CONDESA

¡Celestina!

CATALINA

Otra vez.

LA CONDESA

¡Tercera!

EL CHICO

¡Ay! ¡La tercera de Apolo!

EL CONDE

¡Fuera de aquí enseguida!

ANSELMO

¡Voy por mi hermana!

LA CONDESA

¡Qué vergüenza!

EL CHICO

¡La vergüenza pa robar: vaya un señor serio, paece la estatua del Moyano!

ESCENA III

El Conde.—La Condesa.—El Doctor.

EL DOCTOR

Bueno, pues ahora que no está el hermanito pequeño y que podemos hablar en la intimidad...

LA CONDESA

¿Qué, qué pasa?

EL DOCTOR

Que si no se arregla pronto este matrimonio no respondo de María. Esto es lo que se llama en el nuevo idioma, el disloque.

EL CONDE

¿De veras? ¡Por Dios!

EL DOCTOR

Lo que está haciendo esta noche prueba su excitación, y lo que necesita es calma, la paz de su casa, el amor de su marido. ¿No sería posible con dulzura, con arte, traerle al buen camino?

LA CONDESA

¡Ay, no señor!

EL DOCTOR

Hacerle trabajar.

EL CONDE

¡Si no quiere! Tiene en la familia nobles y títulos que son diputados, senadores, que explotan grandes industrias, que son cosecheros.

LA CONDESA

El prefiere beberlo á vendimiarlo.

EL DOCTOR

¡Claro!

EL CONDE

Se le ha nombrado para mil cargos. Ayer mismo le hice nombrar vocal de la junta para la extinción de la langosta.

EL DOCTOR

¡Pues ejerce! ¡Porque cada langosta que se come con las flamencas, extremece!

LA CONDESA

Mi marido le nombró visitador de la Casa de Socorro.

EL DOCTOR

Y no iría nunca.

LA CONDESA

Si, señor; al día siguiente de nombrarle, lo llevaron en una camilla.

EL DOCTOR

¡Se visitó á sí mismo!

LA CONDESA

¡Eso es!

EL CONDE

¡Es un carácter atroz! ¡No puede parar!

LA CONDESA

¿No podría usted darle algún calmante, algo que le aplanara?

EL DOCTOR

¡Señora, eso está prohibido!

EL CONDE

Unas inyecciones.

EL DOCTOR

¡Unas inyecciones de plumas de acero es lo que le hace falta á ése!

LA CONDESA

Con una mujer tan buena...

EL DOCTOR

¡Por eso, por eso abusa!

LA CONDESA

¿Verdad?

EL DOCTOR

Eso es lo corriente y lo humano; todos los perdidos dan con mujeres buenísimas. ¡En cambio los maridos buenos, fieles, honradísimos... acaban con la media luna!

LA CONDESA

¡Por Dios, que modo de hablar!

EL DOCTOR

En las familias donde yo visito y hay un juerguista, la mujer llorar y padecer, su misa y sus hijos. Yo mismo, la primera vez que me casé...

LA CONDESA

¿Qué?

EL DOCTOR

¡Me casé con una santa, y la dí cada desazón!.. Yo trasnochar, yo beber, yo jugar... me jugué el Hospital de incurables de Tembleque, que era mío; sí, señora, la noche del 3 de Julio del 80; le dí en el Casino tres golpes á un enfermo y al día siguiente me embargaron treinta escrofulosos!

EL CONDE

¡Jesús

EL DOCTOR

¿Pues sabe usted lo que me pasó? ¡Que una noche al entrar en casa me encontré con que mi santita se había escapado con un practicante tuerto que parecía un cíclope! ¡Si viera usted lo que me chocó y lo formal que me volví!.... ¡Me miraba al espejo y me daba tres pases!

EL CONDE

¡Lo creo!

EL DOCTOR

Y eso es lo que le hace falta á Fernando, y si María no lo doma, habría otro medio.

EL CONDE

¿Cuál, cuál?

EL DOCTOR

Declararlo loco.

LOS DOS

¿Eh?

EL DOCTOR

¡Eso es muy fácil! ¡Con una declaracioncita! ¡Yo he vuelto loca á media España! ¡Los envío al manicomio de mi amigo Gudal, y allí les dan una ducha y una paliza y se ponen nuevos!

EL CONDE

¡Qué barbaridad!

EL DOCTOR

Algo hay que hacer porque, créanme ustedes, la Marquesa, su hija, está en peligro.

LA CONDESA

Pero, ¿qué es lo que tiene, Dios mío?

EL DOCTOR

¡No lo puedo decir!

UN CRIADO

¡La señora Marquesa!

TODOS

¡Ah! ¡Por fin!

ESCENA III

Dichos, La Marquesa, Anselmo.

ANSELMO

¡Aquí la traígo!

LA MARQUESA

¡Aquí estoy!

LA CONDESA

¡Hija mía!

EL CONDE

¡Ya estás en tu casa!

EL DOCTOR

¡Vamos, aquí, venga, siéntese á gusto!

LA MARQUESA

¡Uf! *(Cayendo en la butaca. La rodean todos.) (Al criado.)* ¡Marcharse!

LA CONDESA

Cuenta hija mía, cuéntanos tus penas.

LA MARQUESA

¿Penas? No las tengo, cansancio sí, pero lo d por bien empleado. ¡Ya lo he visto todo!

EL CONDE

¡Dios mío, qué habrá visto!

LA MARQUESA

¡Ya estoy en el secreto! ¡Nadie me ha visto á mí, pero yo he podido apreciar en todos sus detalles la vida chulesca, la gran chulería!

EL CONDE

¿De dónde vendrá?

LA MARQUESA

De todas partes. De ver oculta eso que llaman una juerga, de observar de cerca á las célebres *barbianas* que vuelven locos á los caballeros, á las *flamencas* que nos *arrebatan* á nuestros maridos..... ¡Oh!, es un mundo muy decente, muy distinguido.... papá, va usted á pedir en el Senado que se haga una nueva guía de forasteros con todos los títulos que llevan esas damas; ¡los hay preciosos! ¡La Malos-pasos, la Descuaderná, la Cinco-pelos, la Tripatriste; con eso y con un diccionario de caló y una guía de las tabernas de Madrid, ya tenemos libros de texto para educar á nuestros hijos!

EL CONDE

or Dios!

EL DOCTOR

ejarla, dejarla que desfogue!

LA MARQUESA

¡Sí, he pasado cuatro horas horribles, cubierta la cara, escondida en un coche á la puerta de este colmado, encerrada en un rincón del otro, he conocido el Madrid de noche, y he presenciado la pasión de mi señor marido por la excelentísima señora Doña Paca Moñotieso!

EL DOCTOR

¡María Santísima!

LA MARQUESA

Sí, una pasión..., no ha habido en la noche más que una nota buena, la batalla se produjo porque un amigo lanzó mi nombre en medio de aquel fango.

LA CONDESA

¿Y tu marido?...

LA MARQUESA

Le insultó y se lanzó sobre él.

LOS TRES

¡Aaah!

EL CONDE

¡Luego te ama!

LA MARQUESA

No; es otra cosa. Mi marido y otros como quieren que se nos respete, que se nos co

dere, que no sepamos nada en su casa, mucha compostura, y fuera, chulas y juelgas, broncas y vino, á mí no me basta el respeto, necesito el amor, quiero el cariño de mi marido.

EL DOCTOR

¡Tiene razón! ¡Aplausos en la mayoría!

LA MARQUESA

Y como le he visto amando á otra mujer y he adivinado por qué le fascina...

LA CONDESA

¿Ah sí?

LA MARQUESA

¡Es claro! Ya estoy en el secreto. ¡Ya sé lo que les gusta, lo que les vuelve locos! Que los desprecien, que los zarandeen, que les digan palabras bajas, que les canten y les bailen cosas canallas... ¡Bueno! ¡Pues el sueño de Manolo se va á realizar!

EL CONDE

¡Qué sueño!

LA MARQUESA

¡Yo me lo sé! Desde hoy en esta casa todo el mundo va á ser flamenco. Yo he aprendido esta noche un vocabulario.

TODOS

Eh!

LA MARQUESA

¡Todos! ¿No le gusta eso? ¡Pues en su casa lo tendrá! ¡A ver! ¡Pablo! *(Aparece el criado.)* Al cocinero que mañana ponga para almorzar judías estofadas, caracoles y callos, un cochinillo, y como vino, pardillo y tintorro.

EL DOCTOR

¡Tintorro! *(Riendo.)*

EL CONDE

¡Por Dios, que tengo convidado al Nuncio!

LA MARQUESA

¡Pues beberá mollate! Se han acabado en esta casa las comidas finas. ¡Y ahora, antes de que mi marido vuelva se va á preparar la gran juelga!

EL CONDE

¡En mi casa!

LA MARQUESA

Y usted va á ser de la partida. ¡El sueño va á ser verdad!

LA CONDESA

¿Pero qué sueño es ese?

LA MARQUESA

¿Dónde está el baul de los vestidos aquellos?

LA CONDESA

¡Ahí!

LA MARQUESA

¡A vestirse todo el mundo!

ANSELMO

¡Pero, María, tú has bebido algo fuerte!

LA CONDESA

¡Eso no puede ser!

LA MARQUESA

¡He dicho que á vestirse!

EL DOCTOR

¡No contradecirla, por Dios!

LA MARQUESA

Es un ataque de locura.

EL DOCTOR

¡Flamenquitis aguda, muy grave!

LA MARQUESA

¡Vamos! Hoy no se duerme, no se descansa, hay que pasar la noche en alegrías! ¿Tenéis guitarras?

LA CONDESA

¡Hija de mi vida!

LA MARQUESA

¡Vaya, andando! ¡Usted la primera! ¡Y usted, padre! ¡Y usted también! ¡Y tú, lo oyes! *(A Anselmo.)*

UN CRIADO

¡El coche del señor!

LA MARQUESA

¡Me alegro! ¡Apagar las luces! ¡apagar todo! *(El criado apaga, quedan la escena y la sala á obscuras.)* Por aquí tiene que pasar para ir á su cuarto, aquí nos encontrará... darse prisa!

EL CONDE

Pero esto es una barbaridad...

UN CRIADO

¡Ya sube!

LA MARQUESA

¡Silencio!

EL DOCTOR

¡No contrariarla, va su vida en ello!

LA MARQUESA

¡Silencio y despachar pronto! ¡Ah! Ya está en su casa, á lo menos no pasará la noche fuera... vamos, vamos...

ESCENA V

Dichos. El Marqués. Pepe. El cochero.

EL MARQUÉS

(Borracho.) Dejarme... dejarme ya quieto... yo se irme solo á la cama.

PEPE

¡No grites, hombre! ¡que no se enteren!

EL MARQUÉS

No se enterará nadie... yo no quiero que se entere María, ni mi suegra... ni mi suegro... á ese le voy dar dos patás en el occipucio...

PEPE

¡Chiiist!

EL MARQUÉS

¿Está ahí Ramón?

PEPE

¿El cochero? Aquí viene con el abrigo.

EL MARQUÉS

Bueno, pues que me lleve á mi cuarto y tú vete ya... que te vayas, hombre, que no me dés más latas... ¡Uf! ¡Qué calor!

PEPE

Ramón, ¿está usted ahí?

EL COCHERO

Sí señorito.

PEPE

Cójale usted... yo me voy sin ruido... ¡Adios tú!

EL MARQUÉS

¡Vaya usted á freir monas, so borracho! Anda Ramón, anda; vamos andando.

LA MARQUESA

¡Ahora!

En este momento dan luz. Aparecen todos los personajes vestidos á la antigua, con casacones y sombreros de medio queso los hombres; las dos señoras con mantillas blancas y peinas. Los criados, detrás, con las guitarras, tocando. El Doctor con capa encarnada, terciada y dando palmadas para jalear. El Conde con casacón y peluca, jaleando también. Anselmo lo mismo. En medio, la Marquesa bailando. Hay que colocar las figuras de modo que resulte un cuadro goyesco. A la izquierda del espectador, en primer término, aparecerán el Marqués y Pepe, que le sostiene. Detrás el cochero teniendo un abrigo al brazo. El Marqués vendrá con la corbata blanca suelta, descompuesto, el sombrero abollado, etc., etc. Al encontrarse con aquel cuadro, el Marqués y Pepe dan un grito de asombro y quedan en actitud dramática contemplando lo que les rodea. El Marqués irá perdiendo la borrachera á medida que adelanta la escena y se va enterando.

EL MARQUÉS

¡Qué... qué es esto!

LA MARQUESA

¡Aire, aire!

EL DOCTOR

¡Ole por las serranas! (¡Darle gusto!)

LA MARQUESA

¡Jalearme! ¡Jalearme!

EL DOCTOR

¡Jalee usted, señora!

LA CONDESA

¿Y qué es eso?

EL CONDE

Yo no sé, ni me está bien...

EL DOCTOR

¡Dé usted el jipío!..

EL MARQUÉS

¡Es María! ¡Mi María!..

PEPE

¡Es el sueño de Manolo!

LA CONDESA

Pero...

EL DOCTOR

¡Quéjese usted como yo!

LA CONDESA

(Imitando el jipío de los cantaores.) ¡Ayyy!

EL DOCTOR

¡Vaya por las flamencas canosas!

CRIADO 1.°

¡Arza p'arriba!

CRIADO 2.°

¡Ole por las mujeres que hacen bajar los cambios!

EL MARQUÉS

¡No, no es posible!..

PEPE

Cosa más extraña...

LA MARQUESA

No sé si se baila así, yo hago lo que puedo. A ver, tú, canta! *(Al criado.)*

EL MARQUÉS

Mi criado... cantando á mi mujer... ¡oh!.. estoy soñando... dadme algo... me ahogo!

EL DOCTOR

Allá va, huela usted, amigo.

LA CONDESA

¿Qué le da usted?

EL DOCTOR

Lo que dan en la prevención: *¡Prefume!*

EL MARQUÉS

¡Alto! *(Cesa la música.)*

EL CONDE Y LA CONDESA

¡Ay, gracias á Dios! *(Caen en un sillón.)*

EL MARQUÉS

¡Alto! No sueño. Eres tú... ¿Es la Marquesa del Cedro la que escandaliza mi casa..?

LA MARQUESA

¡Quita de ahí, desaborío, no me dés la lata, infundioso!

EL MARQUÉS

¡Qué estoy oyendo! *(A Pepe.)*

PEPE

Que por lo visto todos somos flamencos.

LA MARQUESA

¡Todos!

EL MARQUÉS

¡¡María!!

LA MARQUESA

¡Qué María! Yo me he variado el nombre, desde mañana me llamo la *Requemá,* ¿lo oyes?

LA CONDESA

¡Hija!

EL MARQUÉS

¿Qué farsa es esta? Qué hacen aquí los criados? *(Echándolos á empujones.)* ¡Fuera! ¡Fuera!

LA MARQUESA

¡Ay, hijo mío, qué escrupuloso! Vienes de hablar con gente peor...

EL MARQUÉS

¿Tú qué sabes?

EL DOCTOR

¡Como que lo ha visto!

EL MARQUÉS

¡Ella!

LA MARQUESA

¡Sí, no ignoro nada!; te he visto cual eres, ya sé lo que deseas, la mujer debe seguir á su marido, te sigo, te imito; desde hoy vas á tener la juelga en casa! ¿Verdad? (*A los demás.*) Te hablaremos como te hablan tus amigas, te llamaremos *firma*. (Decidle palabrotas.) Te llamaremos latoso.

LA CONDESA

¡Plampli!

EL DOCTOR

¡Quitolis!

EL MARQUÉS

¡Vive Dios que es para perder la razón!

LA MARQUESA

¡Oh, sí, eso digo yo, yo creo ya haberla perdido; yo creía tener un marido muy elegante, muy artista, de gustos delicados, de nobles aficiones; pues no, no es así; tú necesitas otra cosa, otro estilo, otro género de trato y de cariño... tú... tú quieres matarme y yo... yo... no puedo más, no puedo más, no puedo más!

EL DOCTOR

¡El ataque! ¡Me lo temía!

EL MARQUÉS

¡María! ¡María!

EL DOCTOR

Dejarme á mí; quitarse ya esos adefesios. *(Se quita la capa y cogiendo el gabán que estará en una silla, se lo pone y dice al mismo tiempo.)* Vea usted cómo vine desde mi casa...

EL MARQUÉS

¡María! ¡María!

(La Condesa y el Conde se habrán quitado, ella el pañolón y él la peluca y chupa.)

EL DOCTOR

)ejadme á mí! *(Le da á oler un frasco que cogerá de la mesa.)* ¡Silencio!

PEPE

¡Yo me escurro, estas escenas de familia me revientan!

EL MARQUÉS

¡No, no te vayas!

ANSELMO

¡Pobre hermana mía!

EL DOCTOR

¡Chiiist!

LA MARQUESA

(Volviendo en sí.) ¡Qué! ¿Y Fernando? ¿Y mi Fernando?

EL MARQUÉS

Aquí, decidido á no consentir...

EL CONDE

¡Cuidado!

LA CONDESA

¡Está celosa!

EL CONDE

¡Está desesperada!

EL DOCTOR

Y está algo más importante, yo lo sé y ustedes no lo saben... *(Llevándose aparte al Marqués y hablándole al oído.)*

EL MARQUÉS

¡Qué!

EL DOCTOR

No la exaspere usted, no vayamos á tener un flamenquito que salga dándose pataditas ¿eh?

EL MARQUÉS

¡Oh, mujer adorada mía de mi alma! Perdón te pido de rodillas...

PEPE

Vaya, vaya, tanto gusto en haber conocido á ustedes...

EL MARQUÉS

¿Te vas?

PEPE

¿Qué quieres que haga yo en una reunión de familia? ¡Me vuelvo á la Viña!

LA MARQUESA

¿Eres tú, tú?

EL MARQUÉS

Yo, yo, que mientras te engañé fiaba en tí, pero desde que...

EL DOCTOR

Chiiist; cuidado con lo que se dice!

LA MARQUESA

¿Y la Moño-tieso, qué hacemos con la Moño-tieso?

EL COCHERO

Señor.

EL MARQUÉS

¡Calla!

EL CONDE

¿Qué quieres tú ahora?

EL COCHERO

Señor, con perdón de vuecencias, tengo que decir una palabra al señorito.

LA MARQUESA

¡Algún lío!

EL MARQUÉS

(Cogiéndole y trayéndole al proscenio.) ¿Qué quieres?

EL COCHERO

Quiero dejar el servicio del señor, porque como esta noche me he enterado de que el señor anda tras de la Paca, y como la Paca es cosa mía...

EL MARQUÉS

¡Qué!

EL DOCTOR

¡Rival de su cochero!

EL MARQUÉS

¡Rival de mi cochero!

LA MARQUESA

¿Qué es, qué es? ¡Dímelo!

EL MARQUÉS

Nada, que Ramón, cansado de andar toda la noche con el viento y el frío, se despide... ¿no es eso Ramón?

EL COCHERO

Eso es... (¡Y si le cojo en una juerga, le corto la cara!)

LA MARQUESA

¿No trasnocharás más?

EL MARQUÉS

¡No, mi vida!

LA CONDESA

Te participo que vamos á ser abuelos.

EL CONDE

Abue... ¡alquitrán!

LA CONDESA

¡Qué alquitrán! ¡Un abrazo!

EL MARQUÉS

¡Tú, tú eres la que me pareces arrancada de un cuadro de Goya!

ANSELMO

¡No hay mal ni bien que cien años dure!

EL DOCTOR

El autor, al terminar,
me ruega os haga saber,
que á nadie quiso ofender,
ni nada quiso probar.
Perdón pide á sus errores
y sigue fiel su camino,
diciendo con el latino
castigat ridendo mores!

FIN

No la hagas y no temas.

PROVERBIO EN DOS ACTOS

Representado por primera vez en el Teatro Español
á beneficio del primer actor D. Francisco Oltra, el día 18
de Febrero de 1871.

PERSONAJES

PERSONAJES	ACTORES
GENOVEVA.........	Doña Elisa Boldún.
CARLOS...........	Don Manuel Catalina.
EL DOCTOR.............. ..	Don Francisco Oltra.
ANSELMO, criado............	Don Cipriano Martínez.
UNA DONCELLA............	Doña Pía Navarro.

A Eulogio Florentino Sanz.

Te dedico este proverbio antes de que sea juzgado por el público siempre respetable. Muéveme á tal proceder el haberte oído aprobar completamente mi trabajo y encontrarle acomodado á tu manera de sentir. Es tan raro que tú apruebes, y suelen ser tus censuras tan atinadas, que aunque esta obra no merezca mañana la aprobación de mis espectadores, yo habré quedado satisfecho al saber que fué cosa de tu gusto, convencido como estoy de que tu gusto es delicado. Ojalá que la gratitud te obligue á pagarme en la misma moneda, porque de este modo habré logrado incitarte á despertar de tu pesado sueño, y es indudable que si esto sucede, han de agradecértelo aun más que yo todos los que desean la prosperidad de las letras españolas.

ACTO PRIMERO

Un elegantísimo dormitorio de señora. Mobiliario lujoso, armario de luna, *toilette*, veladores, secreter, etc. Una bomba de cristal colgada del techo, dando una luz velada y melancólica. Una cama con cortinaje de raso. Genoveva está acostada y dormida. Al levantarse el telón, la doncella estará á un lado de la escena, encendiendo una bujía que habrá en una palmatoria.

ESCENA PRIMERA

Genoveva *dormida,* **la Doncella.**

DONCELLA

Juraría que han llamado... encenderé por si acaso... así si viene el amo no hay más que echar á correr y abrir la puerta. *(Va á mirar á Genoveva.)* ¡Qué bien duerme! Días hace que no descansa tan bien como hoy. *(Va á mirar un reloj de sobremesa.)* Muy tarde es ya. *(Se va á sentar cerca de la cama.)* ¡Aaah! *(Estremecimiento de frío.)* Cuando aquí hace este frio, la noche debe ser muy cruel. ¡Pero señor, qué calma tiene el señorito! Se necesita ser muy.... *(Comienza á dar cabezadas y se queda dormida. Se oye á lo lejos el reloj de la Puerta del Sol que da las*

tres. Despertando.) ¿Llamaba usted, señorita? (*Vuelve á inclinar la cabeza y se vuelve á quedar dormida. Suenan dos golpes y repique en el aldabón de la puerta de la calle.*)

DONCELLA

(*Despertando.*) Ahora sí que han llamado. (*Se levanta.*)

CARLOS

(*Llamando desde la calle.*) ¡Rodríguez!

DONCELLA

Este sí que es el amo.

CARLOS

¡Rodríguez!

DONCELLA

Está llamando al sereno. (*Va á la puerta lateral de la izquierda y dice en voz baja entreabriendo.*) ¡Anselmo! ¡Anselmo! Baje usted á abrir, que viene el señorito.

CARLOS

¡Rodrígueeeeez! *(Vuelve á sonar el aldabón.)*

DONCELLA

Vamos, ande usted, que está llamando al sereno. Yo voy por este lado. *(Va al otro lado de la escena, donde está la luz, la coge, y sale. Déjese un espacio de tiempo suficiente, para figurar que Car' sube desde la calle hasta el cuarto segundo, donde supone la escena.)*

ESCENA II

Genoveva *dormida,* **Carlos, la Doncella.**

CARLOS

¡Qué pesados son ustedes! *(Viene con carrik y bufanda y va directamente á dejarse caer sobre una butaca, sin quitarse el embozo ni el sombrero. Comienza á quitarse los guantes blancos que trae puestos. Dejándose caer en la butaca, cansado.)* ¡Ay!

DONCELLA

Anselmo estaba dormido sin duda.

CARLOS

Buen zopenco está Anselmo. ¿Hace mucho rato que duerme la señora?

DONCELLA

Desde las doce, señorito. *(Dan las tres en el reloj de sobremesa.)*

CARLOS

Son las tres, ¿eh?

DONCELLA

Las tres.

CARLOS

¡Señor, si no puede ser!

DONCELLA

Pues en este reloj...

CARLOS

(Mirando el suyo.) Y en el mío también. ¡Caramba, caramba! *(Disgustado y como pesaroso.)*

DONCELLA

¿Quiere usted algo?

CARLOS

No, nada. *(La Doncella se marcha. Carlos se levanta y se quita el carrik y el sombrero. Está vestido de frac y corbata blanca.)*

CARLOS

¡Oiga usted!

DONCELLA

Mande usted.

CARLOS

Deme usted un vaso de agua con unas gotas de azahar. *(La doncella se va.)* La verdad es que esta vida no es nada buena; pero qué demonios, no lo he podido evitar. Por poco que uno se entretenga... ¡Ay, ay, ay, ay, señor, qué cosas estas! *(Entra la doncella con el agua.)* Diga usted, Juana.

DONCELLA

Mande usted.

CARLOS

¿Preguntó mi mujer por mí?

DONCELLA

Esperó á usted desde la hora de comer.

CARLOS

Desde la hora de... ah, es verdad, que yo comí fuera de casa.

DONCELLA

Por eso.

CARLOS

¿No salió?

DONCELLA

No, señor.

CARLOS

¿No ha ido al Teatro Real?

DONCELLA

Vinieron á buscarla la señora generala y sus primas, pero dijo que no estaba buena y se quedó en casa.

CARLOS

¿No estaba buena?

DONCELLA

Ya hace cuatro ó cinco días que está...

CARLOS

Es verdad, es verdad. Ea, buenas noches.

DONCELLA

Hasta mañana si Dios quiere. *(Carlos se queda mirando muy serio á la doncella hasta que desaparece.)*

CARLOS

Esta chica es muy guapa. *(Se frota las manos alegremente. Va á la puerta de la izquierda y dice:)* ¡Anselmo!

ESCENA III

Carlos, Anselmo, Genoveva.

Anselmo asoma la cabeza por entre las hojas de la puerta. Debe hacer toda la escena sin entrar en el escenario. El público no debe verle más que la cabeza. El actor debe aparecer muy feo. Su rostro debe producir la hilaridad.

CARLOS

Dime.

ANSELMO

¿Qué se le ofrece á usted?

CARLOS

¿Ha venido alguien á preguntar por mí?

ANSELMO

Sí, señor.

CARLOS

¿Quién?

ANSELMO

El criado de la señora baronesa.

CARLOS

¡Calla, animal! *(Poniéndole la mano en la boca volviéndose al mismo tiempo para ver si la voz*

Anselmo ha despertado á Genoveva. Desde este momento amo y criado hablarán en voz tan baja que produzca el efecto más cómico posible.)

ANSELMO

¡El criado de la señora baronesa!

CARLOS

¿Y qué ha dicho?

ANSELMO

¡Que si se había usted muerto!

CARLOS

¡Qué barbaridad!

ANSELMO

Eso dijo.

CARLOS

¿Nada más?

ANSELMO

Dice, de parte de mi señora, que si se ha muerto su amo de usted.

CARLOS

¡Bueno; vete á dormir, estúpido!

ESCENA IV

Genoveva, *dormida,* **Carlos.**

CARLOS

¡Es claro! Una mujer de quien no me ocupo hace ya tiempo, es natural que se asombre de mi silencio. Yo estoy ahora entusiasmado con otra... ¡Ay, qué rendido estoy! *(Se deja caer otra vez sobre la butaca. Saca un revolver del bolsillo.)* El condenado revolver molesta de una manera... pero ya se ve, como no hay seguridad! *(Lo deja sobre un velador. Unos momentos de pausa, durante los cuales Carlos, tendido sobre la butaca, con las piernas extendidas á lo largo y mirando al techo, con la cabeza apoyada en el respaldo, está como recordando sus impresiones de la noche. De pronto se levanta y dice dirigiéndose al público.)* ¡Pero hombre, qué bonitas son todas las mujeres! *(Pausa.)* Y sobre todo la que acabo de ver en el baile... ¡Já! ¡¡já! ¡já! ¡¡já! ¡¡já!.. ¡Já! já! ¡¡já! ¡¡já!.. ¡Já! ¡¡já! ¡¡já! ¡¡já!.. *(Va graduando las carcajadas de menos á más, hasta no poder contenerse, y procurando dominarse para no despertar á Genoveva.)* ¡Y lo que saben! ¡Uf! Saben de qué color es el aire. *(Saca una carta del bolsillo* Esta carta no se paga con ningún dinero. N no es esta. *(Buscando en todos los bolsillos.)* D

monio, yo tenía dos cartas ayer tarde. *(Leyendo.)* «Querido Pelín...» Yo me llamo Carlos Mandrón, pero en las cartas me llamo Pelín, así no hay peligro aunque se pierdan ó las pesque aquel caballero. *(Vuelve á leer.)* «Querido Pelín...» ¡grrr! *(Riendo.)* Mire usted que habérsele ocurrido llamarme Pelín... ¡grrr! Pelín, Pelín! *(Como si llamara á un bicho.)* Parece nombre de gato! *(Leyendo.)* «Querido Pelín. Si Cándido no me doblara la edad; si »su proceder conmigo no hubiera sido siem»pre *egoita*...» Aquí falta una s, pero supongamos que dice egoísta. *(Leyendo.)* «Egoita y ocasionado á mi antispatía...» Ya pareció la s; no se ha perdido nada, «á mi antispatía; si su »boda conmigo no hubiera sido un pretexto »para apoderarse de mi dote; en una palabra, »si yo no fuera tan desgraciada desde que mis »padres se empeñaron en que me casara á su »gusto y no al mío, de ninguna manera le hu»biera permitido á usted escribirme y hablar»me secretamente. Nada hay todavía...» ¿Y este todavía? Este todavía vale un imperio. «Entre usted yo, pero si por esas fatalidades tan »*frecuetes*... frecuentes, en la vida yo he de ser »lo que la indignidad de Cándido provoca...» *(En este momento tose ligeramente Genoveva. Carlos oculta rápidamente la carta y se queda parado un momento mirando hacia la cama. Después va de*

puntillas á mirar á su mujer, que continúa dormida.) Duerme como un lirón *(Leyendo.)* «¡Ay amigo »mío! ¿Por qué le he conocido á usted? ¿Por »qué le he encontrado en mi camino? Debo »sentirlo, debo arrepentirme de ello, porque »la verdad es que, mi voluntad ayer tan fir- »me, cede ante la fuerza de la simpatía. Sí, «¿á qué negarlo? Ya puedo atreverme á repe- »tir á usted las palabras de la heroína de cier- »ta novela. Tú puedes hacer dichosa una vida »infeliz; tú eres acaso quien me adivina y me »compadece; tú estimas en mucho lo que él »tiene en tan poco; mi corazón está triste y »desamparado.» Oh, esto es muy bonito. Esto es muy delicado. Esto no es de novela por entregas, no señor, esto es suyo. *(Repite de memoria.)* «Tú harás dichosa una vida infeliz; tú »me adivinas y me compadeces; tú estimas en »mucho lo que él tiene en tan poco; mi corazón está triste y desamparado.» ¡Si me lo voy á aprender de memoria! ¡Válgame Dios! ¡Cuando uno piensa que todo esto es mentira! Sí, Carlitos, sí, no te pongas hueco, todo esto es farsa pura. Yo amo á mi mujer, á mi pobrecita mujer, que es tan buena... y ella á mí; no tenemos hijos, no hay lazo que apriete nuestros dos corazones, y tal vez por eso permito yo estas picardigüelas; pero indu blemente estas picardigüelas van á d

poco. Este mujer, que me escribe de esta manera, me gusta y me hace gracia, pero su falta de franqueza me repugna. Yo quiero que hasta el crimen sea franco y abierto; porque, ¡qué demonios! en el mundo, como dijo el otro, no hay más que dos clases de mujeres; las buenas y las malas; ó Mesalina ó Artemisa, ó la virtud ó el vicio, ó mi mujer ó la ajena. He observado que en el mundo todos los cobardes las echan de bravos, y todos los bandidos viajan con pasaporte. Cuando yo me dirijo á una mujer, á la más leve indicación, conozco si la conquista es ó no fácil; la verdadera virtud es grosera de puro indomable, y la mujer que oye una palabra mal sonante está dispuesta á oirlas todas. *No insista usted*, quiere decir *«¡atrévete porque te he conocido!»* significa *«no temas:»* y, en fin, el delito tiene también su arte poética, y la dignidad es heróica hasta el martirio. Yo me encuentro con una joven inexperta, que empieza por darme disculpas de su ligereza... ¡Muy bien, perfectamente; mi mujer no sabrá nada, me habré divertido y viva la Pepa! *(Va á coger la bujía.)* Pues señor, vámonos á dormir que ya es hora. *(Al pasar por delante de la cama se detiene para mirar á Genoveva.)* Duerme en paz, vida mía, esposa modelo, dulce compañera, ángel de mi hogar, dulce encanto de mi vida. Deci-

didamente esta es la última traición que te hago. *(Al público, pero sin moverse del sitio donde se ha detenido.)* Una mujer joven, hermosa, que no tiene caprichos, ni parientes, ni amigos. Que sólo piensa en mí... ¡Estoy seguro de que sueña conmigo; que no tiene más pensamiento que su casa tranquila, ni más deseo que hacerme dichoso! Verdaderamente es una picardía venir á estas horas, olvidarla así, dejarla sola, y triste, y enferma... y juro á fe de Carlos... ¡qué egoista es el hombre! *(Mirándola extasiado.)* ¡Pobrecilla! ¡Qué sueño tan tranquilo! ¡Qué frente tan serena! ¡Qué encantadora paz! ¡Qué alma tan hermosa! ¡Tú no sabes aún cuánto te amo yo, libertino y todo! ¡Cuánto te agradezco el cariño que pones en mí, pensando en mí tan sólo, en tu Carlos de tu alma!

GENOVEVA

(Soñando.) ¡Federico! *(Dígase como si el sueño fuese muy agradable, pero sin violencia ni esfuerzo. Hay momentos de pausa, durante los cuales Carlos se queda asombrado, inmovil, confundido ante lo inesperado del sueño que acaba de sorprender. Baja al proscenio deja la luz sobre un velador, vuélvese á quedar pensativo, pero demostrando el dolor que le ha producid oir aquella palabra. El rostro del actor debe refleja todo género de dudas.)*

CARLOS

¿Ha dicho... Ha dicho... Federico? *(Vacila un instante y va corriendo á la cama para llamar á su esposa.)* ¡Genoveva! *(Genoveva sigue durmiendo. Carlos vuelve á bajar al proscenio, diciendo:)* No, ¿qué iba yo á hacer? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto, Carlos? ¿Qué impresión es esta tan desagradable que en un instante te ha herido el alma como de muerte? *(Pausa.)* ¿Federico? ¿Quién se llama Federico? No tengo ningún amigo que se llame así, ni ella tampoco, que yo sepa. *(Márquese mucho este «que yo sepa.»)* ¿Federico? ¿Federico? ¿Quién es? ¡Quién! No lo sé, vamos, no sé quién es. Me ahogo... no tiene hijos, no tiene amigos, no sale de su casa... es decir, sino... yo no puedo saberlo todo... yo ignoro tal vez... yo... *(Va hacia la cama con rabia; se detiene; vuelve á bajar: piensa un instante; se dirige corriendo hacia la puerta por donde se marchó la doncella.)* ¡Juana! ¡Juana! *(Entra. Vuelve á poco trayendo á la doncella cogida de la mano.)*

DONCELLA

¿Qué es eso, está peor?

CARLOS

Sí, estamos peor.

DONCELLA

¿También usted?

CARLOS

Diga usted, Juanita.

DONCELLA

¿Qué, señorito?

CARLOS

¿Cómo se llama aquel caballero que trajo á mi mujer una visita de parte de sus primas, las que están en Valencia?

DONCELLA

Aguarde usted... *(Pensando.)*

CARLOS

Vamos, recuerde usted.

DONCELLA

Se llama, se llama, ah, ¡sí!... don Fe... liciano...

CARLOS

Bueno, basta. ¿Y aquel otro que nos presentaron hace pocos días?

DONCELLA

¿El militar?

CARLOS

Sí; Roldán.

DONCELLA

Eso es, Roldán.

CARLOS

¡Pero, el nombre!

DONCELLA

El nombre... el nombre...

CARLOS

Á ver...

DONCELLA

Ah, sí, don Bernardo.

CARLOS

Ah, bien, bien. Y aquel otro...

DONCELLA

¿Cuál?

CARLOS

Ninguno. Váyase usted á dormir. *(Queda pensativo.)*

DONCELLA

(Me parece que el amo viene de cenar.) *(Se marcha.)*

CARLOS

(De pronto.) ¡Oiga usted!

DONCELLA

(Volviendo.) ¡Mande usted!

CARLOS

¿Cómo se llama el vecino del cuarto segundo?

DONCELLA

Don Serapio Martín.

CARLOS

¿Y el del tercero?

DONCELLA

Es una viuda: doña...,

CARLOS

¿Y el del cuarto bajo?

DONCELLA

Ese es don Aniceto Fermínez.

CARLOS

¿Y el portero? Digo, no, es decir, no digo eso, sino...

DONCELLA

¿Cuál decía usted?

CARLOS

Decía... él... *(Con desesperación y aparte.)* (¡Pero qué estoy yo preguntando nombres, cuando yo no me llamo Carlos, que me llamo Pelín!)

DONCELLA

¿Decía usted?

CARLOS

(Con mal humor.) ¡Nada! Juana, tenga usted entendido que yo no perdono ninguna falta los criados.

DONCELLA

Señorito, yo procuro...

CARLOS

¡Que no quiero que se me oculte nada!

DONCELLA

Yo...

CARLOS

¿Todo lo que pasa en mi casa lo sé yo, no es cierto?

DONCELLA

Seguramente.

CARLOS

Pues ea... buenas noches.

DONCELLA

(Con mucha picardía, aparte y haciendo un gesto cómico.) (¡Está escamadito!)

ESCENA V

Genoveva, *dormida,* **Carlos.**

Hágase toda esta escena lo más dramática posible.

CARLOS

¡¡Me estoy muriendo!! *(Se deja caer sobre una silla.)* ¡De qué le sirve al hombre la inteligencia, de qué el talento, de qué el estudio y la observación y la ciencia adquirida, si no sabe ni pue-

de leer en el fondo de un alma! ¡Si oye soñar á su mujer y no puede adivinar lo que sueña! ¡Hombre orgulloso, rey de lo creado, explorador constante, Prometeo insaciable, tú horadas los montes y surcas los mares y aún hiendes los espacios; aherrojas las fieras, conquistas las naciones, destruyes y levantas y pueblas y arruinas; arrebatas el rayo al cielo y bajas hasta el fondo del mar á buscar la perla ignorada; conoces los secretos de la madre tierra, no hay para tí misterios ni escollos; sabio y poderoso, cuanto alienta es tuyo: tuyo es el mundo que á tu saber se inclina; pero ¡ay! mísero y triste, que con tanto saber y con progreso tanto, no puedes ni podrás, por más que lo intentares, leer á través de una frente serena los pensamientos del alma escondida; no lograrás, tú que lo sabes todo, saber de quién son los latidos medrosos de un corazón que sueña enamorado! *(Una pausa larga.)* ¡Federico! ¿Quién es? ¿Quién es? ¡Si á lo menos hubiera dicho Federico Pérez! ¡ó Federico Angulo! ¡ó Federico cojo ó Federico tuerto!.. Pero no; no ha soñado á voces más que el nombre... lo suficiente para que la duda haya venido á llamar á mi puerta... ¡Oh! Y ahora está hablando con él... le está diciendo algo. acaso me maldicen... acaso le dirá que ama; paréceme que oigo sus palabras dul

simas. «Tú harás dichosa una vida infeliz; tú »eres quien me adivina y me compadece: tú »estimas en mucho lo que él en tan poco; mi »corazón está triste y desamparado...» sí... eso le dirá, eso... y sonríe... sonríe... ¡ay! y si la despierto ya no sabré nada, y si espero á oir más, se callará, porque aun el sueño del delito es cobarde y medroso... y pensar que ahora mismo sonríe para otro... no, no sueña para mí, no soy yo la grata visión que aparece en la soledad de la noche y encanta y fascina... Dios mío... aquí, en este dormitorio, hay una sombra, una sombra que revolotea en torno de alma idolatrada, que la envuelve en efluvios de amor y en suspiros que vienen de lejos... y esta sombra impalpable, invisible y fascinadora viene aquí á robarme el amor y la paz, y la felicidad y la vida!.. ¡Dios mío! ¡Dios mío!.. ¡esto es horroroso!.. *(Cae sollozando sobre el sofá, cubriéndose el rostro con el pañuelo. Después de una pausa y como asaltado de una idea repentina.)* Ella es descuidada... (*Comienza á revolver con precipitación febril todo lo que hay sobre las mesas. Abre los cajones de la cómoda y del escritorio, en una palabra, registra el cuarto, pero rápidamente y tirando al suelo lo que le estorba ó no sirve á sus indagaciones.*) Si hubiera aquí algún rastro... (*Encuentra un papel.*) ¿Eh? *(Lee.)* «Querida Genoveva, esta noche iremos á buscarte...» Ah, es

de su amiga Luisa. (*Encuentra otro papel.*) ¿Qué es esto? Un patrón. Daría la vida por encontrar algo que me indicara... algo... Algo... ¡Ah! Aquí... (*Lee.*) «Camisas, diez, »calcetines, cuatro, enaguas...» Es la cuenta de la lavandera. ¡Nada, Dios mío, nada! A ver si entre las tarjetas... aquí estarán todas sus relaciones... (*Coge un joyero donde hay muchas tarjetas, arrojándolas al suelo conforme las va pasando. Hágase muy deprisa.*) «Antonio Vargas, Juan Gor, Pedro Rrun, Ricardo Alán, Leonardo Jiménez, El Brigadier Martín, La Condesa del Buey, Julio Andárus. El general Sinfé, Carlos Juan y señora Bernardo Roldán, La viuda de Pérez, Federico... Atarés... presbítero.» No, este no puede ser. «Benito Losada, Carlos Pradas, Felipe Antúnez, Federico Pardiel...» Ah, no, si es mi suegro... ¿soñaría con su padre? No; hubiera dicho ¡papá! hubiera dicho.... nada, nada, nada, nada, es cosa de volverse loco... (*Va corriendo á la puerta de la derecha.*) ¡Anselmo! (*Vuelve á aparecer la cabeza de Anselmo. Esta vez habla tan bajo que no se le oye lo que dice, hasta que Carlos le manda alzar la voz.*) Tú que eres listo. ¿Quién viene á casa que se llame Federico? (*Anselmo gesticula como si hablara en voz baja.*) ¿Qué dices, hombre? (*Incomodado.*)

ANSELMO

Digo que nadie. *(En voz muy baja.)*

CARLOS

¿Nadie, nadie?

ANSELMO

Pero en casa hay quien se llame así.

CARLOS

¿Quién?

ANSELMO

El cochero. *(Le da un puntapié á la puerta y la cierra, dándole con ella en la cabeza á Anselmo.)*

CARLOS

¡Ay, Carlos! No más, no más enredos, no más traiciones, no más picardías. *(Reflexiona un momento y luego dice:)* ¿Y si después de todo me inquietara sin motivo? Ello es que como no tengo la conciencia tranquila, la menor cosa me alarma y... ¡já, já, já! ¡Es claro! Como soy el señor de Pelín... ¡já, já, já! Me parece que he pasado un mal rato sin causa bastante. La verdad es que se sueñan unos disparates... yo soñé anoche que me había comido á mi suegra... y que me alegraba mucho. Y el otro día soñé que el Cid Campeador había puesto una peluquería y me estaba rizando el pelo... ¡já, já, já, já! Vaya usted á saber... *(Vacila unos instantes y vuélvese á poner triste.)* Sin embargo... ese nombre... no, no, no puede

ser. ¡Mi mujer es tan buena! No soy yo, sino Madrid entero quien lo dice... sus amigas, sus conocidos, sus criados, sus vecinos... Es religiosa, está bien educada, su padre es un Catón... no, no puede ser. Sueña alguna tontería, hay en ella algún fantasma que se llama... así... bah, bah, mis pecadillos me han vuelto receloso. (*Coge la luz otra vez; vuelve á detenerse delante de la cama.*) Duerme, bien mío, duerme, que mientras tú duermes mi corazón te vela. Duerme feliz y sueña cuanto quisieres, que los sueños de un angel nunca pueden ser criminales. Pura es tu sonrisa, dulce tu sueño, más que despierta te adoro yo dormida.

GENOVEVA

(*Soñando y con pasión.*) ¡Federico! ¡Federico mío!

CARLOS

(*Vuelve á manifestar el mayor asombro. Da un grito ahogado y va corriendo á coger el revolver que está sobre el velador. Corre con el arma levantada hacia la cama, pero al llegar se detiene, el revolver se le cae de las manos, lleva entrambas manos á la cabeza, y abrumado por la pena, flaqueándole las piernas, baja vacilante y llorando al proscenio, dejándose caer de bruces sobre un sofá y mesándose los cabellos. Mientras cae el telón dice con voz entrecortada por el llanto.*) ¡Ay! ¡Pobre de mí! ¡Qué horrible es duda!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Un comedor. La chimenea rebosando de leña. Los criados están poniendo la mesa. Son tres; Anselmo y una Criada ponen el servicio. La Doncella está viéndoles.

ESCENA PRIMERA

La Doncella, Anselmo, la Criada.

ANSELMO

Ea, ya está puesta la mesa.

DONCELLA

¿Ha puesto usted el café?

ANSELMO

¿Pues no lo ve usted? *(Enseñándole la maquinilla del café que está encendida en una mesa aparte.)*

DONCELLA

ueno. La señorita no puede tardar.

ANSELMO

¿Qué tal ha pasado la noche?

DONCELLA

Supongo que bien.

ANSELMO

¿No ha velado usted?

DONCELLA

El señorito es el que ha velado.

ANSELMO

Ya, ya.

DONCELLA

Muy madrugador está.

ANSELMO

Como que no se acostó.

DONCELLA

¿Ah, no?

ANSELMO

Ha pasado la noche en vela.

DONCELLA

En el dormitorio de la señora se detuvo muchísimo rato.

ANSELMO

Pues luego, al amanecer, entró en su cuarto, allí empezó á dar unos paseos...

DONCELLA

¿Estaba muy inquieto, verdad?

ANSELMO

¡Yo le diré á usted! Como el amo es cazador, yo creí que trasnochaba para salir al amanecer al campo, y me puse á limpiar la escopeta.

DONCELLA

¡Ah!

ANSELMO

Y entonces me dijo... dice, Anselmo, te doy cinco duros si me pegas un tiro.

DONCELLA

¡Jesús!

ANSELMO

Y enseguida se echó á reir, exclamando: no hagas caso, estoy distraído, no sé lo que me pesco.

DONCELLA

De modo, que ni pescaba ni cazaba.

ANSELMO

Eso es.

DONCELLA

¿Y usted no ha podido cazar?

ANSELMO

¿Yo? Pocos habrán cazado más. Una vez salí en tiempo de veda y maté...

DONCELLA

¿Mató usted mucho?

ANSELMO

Sí. Maté á un guarda. Y si no le maté, faltó poco...

DONCELLA

No me ha entendido usted, Anselmo.

ANSELMO

¿Por qué?

DONCELLA

Preguntaba yo, si ha podido usted cazar lo que le pasa al amo...

ANSELMO

Ah, no sé. El estaba muy curioso anoche. Me preguntó quién se llamaba Federico...

DONCELLA

¡Ah! (*Sonriendo picarescamente.*)

ANSELMO

¿Qué querría saber?

DONCELLA

¡Figúrese usted!

ANSELMO

No sé...

DONCELLA

Quiere saber sin duda quién es un Federico

ANSELMO

¡Ah! ¡Ah! *(Como adivinando.)*

DONCELLA

¡Pues!

ANSELMO

¿Y usted lo sabe?

DONCELLA

Sí.

ANSELMO

¿Quién es?

DONCELLA

Como la señora no me ha encargado el secreto, no tengo por qué ocultarlo.

ANSELMO

¿Quién es, quién es?

DONCELLA

Pues es... *(Va á hablarle al oído. En este momento entra Carlos. Los criados disimulan.)*

ESCENA II

Dichos, Carlos.

CARLOS

Vamos. *(De mal humor.)*

DONCELLA

¿Aviso á la señora?

CARLOS

Sí. *(Con sequedad y sin mirarla.)*

ANSELMO

(¿Conque hay *intríngulis!*) *(Se marcha.)*

ESCENA III

CARLOS

Va á sentarse junto á una puerta lejos del proscenio y como distraído. Mira al suelo y después de unos momentos de reflexión. dice:

Que al oirme sollozar, despertó y me vió, no tiene duda. Que yo disimulé mi desesperación y la saludé como si acabara de llegar de la calle, tampoco tiene duda; que al acercarme para darle las buenas noches ví que tenía un papel apretado en la mano derecha... ¡oh! eso lo ví muy bien, y no podría negármelo... Es decir... que además de soñar... lo que soñaba... se había quedado dormida con el perfumado papel entre los dedos... ¡oh! *(Se levanta.)* ¿Habré disimulado bien? ¿Sabré indagar sin descubrirme para poder condenar con pruebas? Y hay que obrar con cautela, porque para negar no hay como las mujeres... Cuando me acuerdo de aquella Serafina á quien yo

visitaba en la calle del Biombo... nos encontró el marido hablando en la escalera... al anochecer; ¡este hombre es tu amante! dijo. ¡No! respondió ella; ¿pues no ves que es el casero?y al oir esto echó el otro á correr escaleras abajo... Si yo no disimulo, soy perdido... ¡negará, negará! ¡Con qué pasión le llamaba soñando! ¡Diez minutos despuésde aquella horrible revelación, roncaba! ¡Roncaba! ¡Se necesita ser muy criminal para roncar con este descaro!

ESCENA IV

Carlos, Genoveva, viene vestida de mañana con elegancia y sencillez. Entra en escena tarareando y se dirige á la chimenea arrodillándose delante del fuego y acercando las manos, que se restriega de cuando en cuando.

GENOVEVA

(Cantando.) ¡Scherzo di folia
si fatta profezzia
ma come fa da rídere
la lor credulitá!

(Carlos la mira de hito en hito entre amenazador é irónico.)

CARLOS

Dios te guarde, mujer.

GENOVEVA

Ay, que estabas ahí. ¡Perdona hombre, si no te había visto! ¿Cómo tan madrugador?

CARLOS

No he pasado buena noche.

GENOVEVA

Si este tiempo pone malo á cualquiera. Ah ¡aaah! (*Estremecimiento de frío.*) Ea, ¿vamos á almorzar? (*Levantándose.*)

CARLOS

Vamos allá.

GENOVEVA

(*Cantando*) Ma come fa da rídere
la lor credulitá.

CARLOS

(Francamente, si supiera que se está burlando de mí...)

GENOVEVA

¡Qué mala cara tienes! ¿Estás malo?

CARLOS

No te digo...

GENOVEVA

(*Dándole un empujón como de broma.*) ¿Qué tienes, hombre?

CARLOS

¡Nada, mujer, nada! (*Impaciente.*)

GENOVEVA

Jesús, hijo, y qué raro eres. (*Masca y canta al mismo tiempo.*)

CARLOS

¡Qué alegre estás!

GENOVEVA

Hoy estoy mejor.

CARLOS

¿Has dormido bien?

GENOVEVA

He estado soñando toda la noche.

CARLOS

¡Hombre! ¿Y qué has soñado?

GENOVEVA

¡Mil sandeces! ¡Já! ¡já! ¡já!

CARLOS

¿Sí, eh? *(Alarmado.)*

GENOVEVA

¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!

CARLOS

(¡Cuando digo que me está quemando la sangre!)

GENOVEVA

¡Já, já, já, já, já... grrr! *(Tiene que dejar de almorzar y apretarse la boca con la servilleta, y después el costado, porque no puede contener la risa.)*

CARLOS

Pero qué era...

GENOVEVA

Una porción de cosas.

CARLOS

¿Pero las cuentas ó no? *(Irritado.)*

GENOVEVA

¡Hombre, á que te vas á enfadar porque me ría!

CARLOS

Tales cosas pueden ser...

GENOVEVA

Ah, pues si te vas á disgustar me callo. *(Carlos da un golpe con el puño de un cuchillo en un plato y le rompe con gran estrépito. Genoveva da un chillido agudísimo y quédase suspensa como si le fuera á dar un accidente. Hágase con la mayor verdad esta transición. Carlos se asusta. Los tres criados acuden corriendo á Genoveva.)*

CARLOS

¿Qué es eso? ¿Te pones mala? ¡Genoveva, hija mía! ¡A ver, corra usted, tome usted un coche, vaya usted á buscar al médico! *(La criada se marcha corriendo. Genoveva bebe un vaso de agua que le da la Doncella.)*

GENOVEVA

¡Hijo, qué cosas tienes! Sabes lo delicada que estoy...

CARLOS

Perdona, mujer, perdona; yo soy tan arrebatado... ¡pero es muy duro, es muy duro!

GENOVEVA

¿El qué?

ANSELMO

(A la Doncella.) ¿No se lo dije á usted que el jamón estaba muy duro?

CARLOS

¡Justo! ¡Está durísimo! (¡Por vida de!..) ¿Pasó?

GENOVEVA

Sí, ya pasó.

CARLOS

Pues á almorzar... y cuéntame esos sueños.

GENOVEVA

Si no tienen nada de particular. Mira, primero soñé que te habías ahorcado en mitad de la Plaza Mayor... ¡Já! ¡já! ¡já!

CARLOS

¿Yo?

GENOVEVA

¡Figúrate que tontería! Yo lloraba mucho, pero

ahora que lo recuerdo me hace gracia .. ¡Já! ¡já! ¡já!

CARLOS

(¡Nada! ¡Se está burlando!) ¿Conque te hace gracia, eh?..

GENOVEVA

Pues hombre, es claro. ¿No hay más que ahorcarse sin motivo?

CARLOS

¿Y eran esos los sueños agradables?

GENOVEVA

No, los agradables eran otros.

CARLOS

¿A ver, á ver?

GENOVEVA

Soñé...

CARLOS

Qué...

GENOVEVA

No te lo digo.

CARLOS

Entonces no será cosa buena..

GENOVEVA

¡Quién sabe!.. *(Riendo.)*

CARLOS

Y yo lo debo saber.

GENOVEVA

¡Ah, curioso!

CARLOS

¿No tengo ese derecho?

GENOVEVA

Según.

CARLOS

Cómo según.

GENOVEVA

Hay cosas... de cosas.

CARLOS

¿Tienes tú secretos?

GENOVEVA

Tal vez.

CARLOS

¡Genoveva! (*Poniéndose de pie y muy serio.*)

GENOVEVA

¡Carlos! (*Haciendo lo mismo. Bajan al proscenio mirándose de hito en hito. Genoveva tiene las manos en los bolsillos.*)

CARLOS

¿Conque es decir que tienes secretos para tu marido?

GENOVEVA

Todo pudiera ser.

CARLOS

¿Y si no lo fueran?

GENOVEVA

¿Por qué lo dices?

CARLOS

¿Y si yo supiera tanto como tú?

GENOVEVA

No te entiendo.

CARLOS

¿Qué tenías en la mano anoche?

GENOVEVA

¿Dormida?

CARLOS

Dormida.

GENOVEVA

¿Lo viste?

CARLOS

Lo ví.

GENOVEVA

Entonces no lo puedo negar.

CARLOS

Era una carta.

GENOVEVA

Una carta era. (*Con resolución.*)

CARLOS

¿Confiesas?

GENOVEVA

¡Sí!

CARLOS

¡La exijo!

GENOVEVA

Tómala. *(Sacando la mano del bolsillo y en ella la carta. Carlos se la arrebata iracundo y lee.)*

CARLOS

«Querido Pelín:» ¡Ah! *(Estrujando la carta entre las manos y quedándose confundido.)*

GENOVEVA

¿Estás satisfecho? *(Irónica.)*

CARLOS

Esta carta no es para tí.

GENOVEVA

Como que es para tí.

CARLOS

Tampoco.

GENOVEVA

(Cogiéndole la carta y leyendo.) «Querido Pelín; te llamo así según hemos convenido.» ¿Es para tí?

CARLOS

No. ¿Quién te la ha dado?

GENOVEVA

Tú.

CARLOS

¡Yo!

GENOVEVA

Tú; que nuestro propio carácter es siempre nuestro peor enemigo. Eres distraído; haces mal en ser criminal.

CARLOS

Pero...

GENOVEVA

Me diste ayer la levita para que Juana le pegara un botón.

CARLOS

Sí.

GENOVEVA

Yo quise ocuparme en servirte... y para muestra basta un botón; ¿verdad, caballero?

CARLOS

¿Y quién te manda registrarme los bolsillos?

GENOVEVA

Hijo eso no se puede remediar.

CARLOS

Pues me gusta.

GENOVEVA

¡Si soy mujer!

CARLOS

(¡Vamos á ver, y ahora con qué derecho la riño! ¡Maldita sea la!...)

GENOVEVA

Carlos, no se hable más de esto.

CARLOS

¿Eh?

GENOVEVA

Te conozco en la cara que te pesa haberme faltado.

CARLOS

Yo...

GENOVEVA

Y si no te pesa, peor para tí.

CARLOS

¿Por qué?

GENOVEVA

Porque será que te agrada lo repungante.

CARLOS

¿Qué dices?

GENOVEVA

Amas á esta mujer?

CARLOS

No.

GENOVEVA

¿Puedes amar á quien te ama á traición? Nada, nada, no la amas. No sé quien es, pero no merece mis celos.

CARLOS

Genoveva...

GENOVEVA

¡Cómo debiera castigaros la suerte! ¡Qué mal estimáis la propia ventura! Mira, yo no soy literata, pero podría probarte que el hombre es un desdichado sin gusto y sin delicadeza.

CARLOS

¿Por qué?

GENOVEVA

Porque casi nunca sabe apreciar el corazón que le damos.

CARLOS

(¿Á que me convence?)

GENOVEVA

Somos como las flores; como ellas delicadas; como ellas infelices.

CARLOS

(Se me está poniendo carne de pollo.)

GENOVEVA

(*Cogiéndole por una mano y adelantando un paso n. el proscenio.*) Brota una violeta en un sende.

flor silvestre de aroma delicado, y nadie la ve ni repara en ella; ni el caminante se detiene á cogerla ni el campesino estima su belleza; pasa la cabra montés pastando descuidada y la devora sin piedad, confundida entre hierba y romero; nace la fresca rosa en el rico jardín espléndida en color, exuberante de perfume, y más afortunada que aquélla, pasa á lugar preferente en el ramillete que ha de perfumar el tocador de la gran señora, pero no tarda en morir ya ignorada y caída, ya desprendida de los rizos de una mujer entre la algazara de un baile; nace la camelia pura y delicada al dulce calor del invernadero, como si fuera su destino vivir para ser deseada y querida; y á la tarde marchita y hermosa, se inclina sobre el tallo y muere sin que nadie haya pensado en ella; fué gala de un día, ornamento de lujo, nació y murió desamparada y sola. Flores de un día, bellezas pasajeras, muy pocas son las que guardamos siempre como prendas de amor ó como recuerdos queridos entre las hojas del libro de oraciones ó adheridas al perfumado paquete de cartas adoradas; muy pocas son las que en el breve espacio del alba al crepúsculo, consiguen ir á poder de quien las ame y las tenga cariño; y así las mujeres, que son vuestra vida y gala del mundo y encanto de vuestra existencia, nacen y mueren ó ultraja-

das ó no comprendidas, que son sus corazones como las flores, nacidos para el amor y destinados al que los juzga en menos; la más delicada es para el más grosero, la más honesta para el más libertino, la más ideal para el más material, la más inocente para el más celoso. Bien hayan los séres que se busca sin conocerse, que se encuentran para adorarse, que firman sus esponsales con la primera mirada y que aseguran toda una existencia feliz en la primera elocuente sonrisa! *(Llorando.)*

CARLOS

Oh, sí, sí, Genoveva, tienes mucha razon, pero el corazón es un niño caprichoso y mal aficionado... Á veces uno se encuentra en el mundo con una mujer que parece convidarle á olvidarse de la que le quiere con el alma; el hombre, en tal caso, es siempre vanidoso y se paga de cualquier cosa. Siempre halaga encontrar una mirada que responde á la nuestra, pero la verdad es que quien tiene un millón en su casa merece perderlo cuando va á buscar un ochavo fuera.

GENOVEVA

Sí que lo merece.

CARLOS

¡Ah! ¿Verdad? Vas á ser franca conmigo, Ger veva. Ya ves que yo no quiero ocultarte na

Tú, tan buena, tan pura, tan angelical, has sentido el deseo de la venganza...

GENOVEVA

No.

CARLOS

¿Por qué has de negarlo? Has encontrado esta carta, acaso no hacía mucho tiempo que algún hombre te habría dicho: Carlos no merece que usted le quiera. Yo la estimo á usted más que él, yo la amo á usted con más pasión, con más lealtad, con más nobleza;» en fin, esas cosas que dicen todos los pretendientes de las mujeres casadas, ¿verdad, Genoveva?

GENOVEVA

No. *(Con extrañeza.)*

CARLOS

(¡Obstinada en negar!) ¡Si no he de reñirte! Si estoy seguro de que no ha habido más que algunas palabras cambiadas en un salón ó cuatro renglones enviados á tiempo; si yo merecía todo eso; habla, dímelo todo, yo te lo suplico, dímelo todo!

GENOVEVA

¿Qué quieres que te diga?

CARLOS

La verdad, toda la verdad, porque así como tú no puedes creer que yo ame á otra mujer, yo

no puedo creer que ames á otro hombre. ¿Verdad que no, vida mía, verdad que no ha sido más que un momento de ira, un relámpago de celos? Yo comprendo esa ráfaga de rencor, yo adivino ese momento que un hombre de mundo sabe aprovechar cuando está en pormenores. Acaso ayer mismo, á poco de sorprender tú esta carta, le encontraste en la calle y te saludó más atento que nunca. Acaso tus amigas... Habla, Genoveva, por Dios, habla por piedad que me estoy muriendo de pena!

GENOVEVA

¿Pero qué estás diciendo? ¿Qué discursos son estos? ¡No entiendo una palabra! ¡Si parece que estás haciendo una comedia!

CARLOS

¿No entiendes, verdad?

GENOVEVA

No.

CARLOS

¿Eso quiere decir que insistes en negar?

GENOVEVA

¿Negar qué?

CARLOS

Que acaso es tarde...

GENOVEVA

¡Pero hombre!

CARLOS

¡En ese caso yo haré lo que deba, y ya que soñando eres más franca que despierta, yo buscaré á tu Federico de tu alma y le arrancaré la vida como él á mí la honra!

GENOVEVA

¡Já! ¡já! ¡já! ¡já! ¡já! ¡já!

CARLOS

¡Se rie!

GENOVEVA

¡Já! ¡já! ¡já!... grrr! *(Es preciso que Genoveva ria de una manera extraordinaria; que se deje caer en una silla, que se levante para cambiar de postura, que haga, en fin, todo lo que haría una persona desternillándose de risa.)*

CARLOS

(Irritado.) ¡¡Genoveva!!

GENOVEVA

Pero hom... ¡grrr! ¡grrr!

CARLOS

¡Ah! mísera... *(Dirigiéndose á la mesa como para coger un cuchillo. Genoveva da un grito. En este momento aparece el Doctor en el umbral de la puerta, y dice:)* ¿Qué es eso, hombre! *(Carlos se detiene.)*

ESCENA V

Genoveva, Carlos, el Doctor.

Hay unos momentos de silencio. Genoveva mira con desprecio á Carlos. El Doctor va acercándose despacio hasta colocarse entre marido y mujer, y después los mira alternativamente.

CARLOS

(*A Genoveva.*) Déjanos. (*Genoveva se marcha. Carlos se vuelve de espaldas con cualquier pretexto; para ir á sentarse, por ejemplo. Genoveva ya en el umbral de una de las puertas laterales, se vuelve, va corriendo de puntillas hacia Carlos, y cuando está junto á él, que no la ha visto venir, le dice con mezcla de ira y de burla.*)

GENOVEVA

¡Tonto! (*Carlos se vuelve furioso para abalanzarse sobre ella. El Doctor le sujeta. Genoveva se marcha corriendo.*)

ESCENA VI

Carlos, el Doctor.

DOCTOR

¿Para esto me han llamado ustedes? ¡Pues más procedente hubiera sido avisar al alcalde de barrio!

CARLOS

Doctor, querido Doctor, sería inútil ocultarle á usted que la paz de mi casa se ha concluído.

DOCTOR

Sí, pero lo peor es que se ha concluído como el rosario de la Aurora.

CARLOS

Por favor...

DOCTOR

Unas personas tan distinguidas... un matrimonio tan bien reputado, ustedes, en fin, que nunca han dado que hablar... ¿andando poco menos que á la greña? ¿Qué demonios ha pasado aquí?

CARLOS

No lo sé.

DOCTOR

Pues hijo, pregúntemelo usted á mí.

CARLOS

A usted y á todo el mundo se lo preguntaría.

DOCTOR

¡Qué cosa tan original! (*Riendo.*)

CARLOS

Doctor, hace cinco ó seis meses que nos conocemos, y aunque, efecto de mi buena salud,

nos hemos visto poco, sé que puedo confiarle mis penas. Nuestro médico es como nuestro confesor, se le puede hablar claro.

DOCTOR

Vaya, hombre, hable usted.

CARLOS

Usted ha visitado á mi mujer con frecuencia, ¿no es cierto?

DOCTOR

Mucho.

CARLOS

Bueno. ¿Qué opina usted de mi mujer?

DOCTOR

¡Eh! (*Sorprendido.*)

CARLOS

¡La verdad! Yo necesito en este momento verdades y no excusas. Le agradeceré mientras viva esta prueba de confianza.

DOCTOR

Conque usted quiere saber...

CARLOS

Sí; quiero saber cómo juzga usted á Genoveva.

DOCTOR

Yo...

CARLOS

No me incomodaré, hable usted sin reparo.

DOCTOR

¿Qué opino yo?

CARLOS

Qué opina usted.

DOCTOR

(*Después de un momento de reflexión.*) Pues señor, ¡que me gusta mucho!

CARLOS

Señor mío, creí que hablaba con una persona formal.

DOCTOR

Pero ¡canastos! ¡si no le entiendo á usted! ¡Me hace usted nnas preguntas tan raras!

CARLOS

Lo diré más claro. ¿Cree usted que Genoveva es capaz de ponerme en evidencia?

DOCTOR

Hombre, ¡qué disparate! ¿Ahora salimos con eso? ¡Bien dice ella, que es usted todo nervios!

CARLOS

¿Dice eso?

DOCTOR

Sí, y tiene razón. Usted es de esas personas impresionables en extremo. No hay más que mirarle á usted á la cara.

CARLOS

Pero...

DOCTOR

El otro día estuve yo aquí y había un caballero de visita.

CARLOS

(*Interrumpiéndole bruscamente.*) ¿Cómo se llama?

DOCTOR

No sé.

CARLOS

¡Uste lo sabe!

DOCTOR

¿Yo?

CARLOS

¡Usted lo sabe!

DOCTOR

¡Hombre, acuéstese usted inmediatamente!

CARLOS

(¡Qué tormento, señor, qué tormento!)

DOCTOR

¡Cuidado con usted!

CARLOS

¿Qué decía ese caballero?

DOCTOR

Decía, ¡Quién tuviera una esposa ¡como usted!

CARLOS

¿Cómo yo?

DOCTOR

¡Como ella! (*Incomodado al verle tan distraído.*)

CARLOS

¿Decía eso?

DOCTOR

Y todo el que la conoce.

CARLOS

Y usted cree...

DOCTOR

Yo creo que es un angel.

CARLOS

¿Quién, el caballero?

DOCTOR

Ella.

CARLOS

¡Á mí no me de usted voces!

DOCTOR

¡Ea, abur!

CARLOS

¡Espere usted! (*Cogiéndole de los faldones.*) Espérese usted por caridad...

DOCTOR

Pero amigo mío...

CARLOS

¡Sépalo usted, la he sorprendido hablando de eso!

DOCTOR

¿Hablando de eso?

CARLOS

Sí.

DOCTOR

Hombre, ¿y qué es eso?

CARLOS

¡Sus amores! Su pasión disimulada, su...

DOCTOR

¡Tá! ¡tá! ¡tá! ¿Pero criatura, usted ha visto algo?

CARLOS

Casi...

DOCTOR

Toma, toma, si fuera uno á fiarse de casis...

CARLOS

Ay amigo mío, cómo se conoce que á usted no le han pasado nunca estas cosas...

DOCTOR

Efectivamente; pero es que yo tengo una gran confianza en mi mujer; por que, desengáñese usted, en el matrimonio no hay término medio, ó se casa uno convencido ó no, ó se tiene confianza ó no se tiene. Para vivir en perpetua zozobra no vale la pena unirse á una mujer por toda la vida.

CARLOS

Pero es que á veces...

DOCTOR

¡Y ahora le diré á usted otra cosa; no hay nada peor que empezar con estas tonterías. Toda sospecha infundada es ofensiva, y cualquiera mujer lastimada en su honra, llega á decir un día: pues señor, si de todas maneras le parezco culpable, prefiero que tenga razón! Esto se cae de su peso.

CARLOS

Doctor, yo he oído algo.

DOCTOR

No puede ser.

CARLOS

Además ella está celosa.

DOCTOR

Pues entonces, aquí del proverbio; no la hagas y no la temas.

CARLOS

Y además...

DOCTOR

Y además, es imposible que piense ahora en nada.

CARLOS

¿Y por qué?

DOCTOR

Porque tiene bastante en qué pensar.

CARLOS

No importa.

DOCTOR

¡Importa mucho. No piensa más que en su estado. No piensa más que en el hijo que Dios le envía. (*En este momento aparece Genoveva en el umbral de la puerta.*) Todo el día de ayer estuvo pensando en que si es un niño se llame Federico!

CARLOS

¡Eh! ¿Cómo? ¡Eh! ¡Ah! ¡Doctor de mi alma! *(Le da un abrazo.)*

DOCTOR

¡Cuidado!

CARLOS

¡Doctor de mi vida! *(Abrazándole sin cesar.)*

GENOVEVA

¡Pero hijo, qué tonto, qué retonto, qué retontísimo eres! *(Abrazándole.)*

ESCENA VII

Genoveva, Carlos, el Doctor.

CARLOS

(Arrodillándose y muy compungido.) ¡Genoveva!

GENOVEVA

(Imitándole de la manera más cómica.) ¡Genoveva! ¡Huum! *(Transición.)* ¡Con quién había de soñar sino con el hijo de mis entrañas!

DOCTOR

¿Pero qué quiere decir esto?..

CARLOS

Nada, Doctor, que la oí soñar y decía: «¡Federico! ¡Federico mío!»

DOCTOR

¡Le parece á usted! Si es usted un niño.

GENOVEVA

Un niño mal acostumbrado.

DOCTOR

¡Pues si uno se alarmara por tales simplezas! Anoche soñaba mi mujer á voces, y decía: «¡Pelín! ¡Pelín!»

CARLOS Y GENOVEVA

¿Eh?

DOCTOR

¡Ya ve usted! Parecía esto un apellido.

CARLOS

¿Y no lo era?

DOCTOR

No; luego me ha dicho ella quién es Pelín...

GENOVEVA Y CARLOS

Y ¿quién es? ¿Quién es?

DOCTOR

Un perro de aguas. *(Genoveva se echa á reir.)*

CARLOS

(¡La muy insolente!) Pues ya no soñará más con él.

DOCTOR

¿Por qué?

CARLOS

Porque Pelín es el perro faldero de una amiguita mía y ha muerto para el mundo.

DOCTOR

¡Já! ¡já! ¡já! ¡já! ¡Ea, que ustedes se diviertan! ¡Que aprenda usted de mí, y no sea usted bobo!

CARLOS

Gracias, gracias.

ESCENA ÚLTIMA

Genoveva y Carlos.

GENOVEVA

¿No te avergüenzas, pícaro?

CARLOS

¡Genoveva, vida de mi vida, Federico será de hoy más el lazo de eterna unión entre tu corazón y el mío!

FIN DEL PROVERBIO

¡DUERME!

MONÓLOGO EN UN ACTO Y EN VERSO

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA EL EMINENTE ACTOR

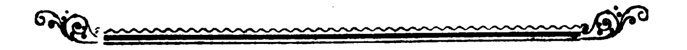
DON EMILIO MARIO

Estrenado en el Teatro Principal de Cartagena, en Mayo de 1895.

A mi hija Aurora.

Su amantísimo padre

EUSEBIO BLASCO



ACTO ÚNICO

El teatro representa una sala corta, con puerta al foro, tras de la cual, que estará cubierta de cortinas, se supone que hay una cuna. Al levantarse el telón, el padre aparece por dicha puerta, contempla la cuna, hace *varias veces* seña al público de que se calle, empleando en esto mucho tiempo. Va á dejar sobre una mesa un candelero con vela encendida, que traerá en la mano, y baja al proscenio de puntillas. Viene vestido de casa, desaliñadamente, como quien ha velado á un enfermo toda la noche. Este monólogo ha de declamarse en voz muy baja, lentamente, y dándole todas las graduaciones de emoción y de ternura que van marcando los versos.

MONÓLOGO

¡DUERME!

¡Callad! ¡Que no se despierte!
¡Chist!.. Ha estado muy malito:
¡le vimos al pobrecito
á las puertas de la muerte!
Le tuvimos desahuciado...
muerto estuvo el día tres

de Febrero. ¡Vaya un mes!
¡qué noches hemos pasado!
Velábamos unos y otros
sin acostarnos jamás...
¡el médico estaba más
afligido que nosotros!
Durante un mes, le ha asistido
con el cariño de un padre.
Nada digo de la madre,
que en todo el mes no ha dormido.
¡Dormir! ¡verbo deseado!..
el doctor siempre decía:
—¡Si duerme, la muerte es mía...
como duerma, está salvado!
Y hemos vencido á la muerte.
¡Duerme hace dos horas, dos!
¡Por Dios... lo pido por Dios!..
¡callad... que no se despierte!

Cantando á mi pobre rorro,
y unidos la madre y yo,
poco á poco se quedó
dormido como un cachorro;
y allí, los dos de rodillas
ante la cuna, le vimos
dormido, así nos hicimos
(Marcando al gesto de silencio, con el dedo en la boca.)
y nos fuímos de puntillas...
La madre fué á prevenir

á una vecina maldita
de arriba, que canta y grita,
que no se puede sufrir,
y á abrir, sin ruido, la puerta
de la calle, por si viene
alguien, que el timbre no suene
y se la encuentren abierta...
y yo vine de este lado
para cerrar las persianas
y entornar esas ventanas
y que todo esté callado...
y á ver si tengo la suerte
de hallar gente razonable...
El que me quiera, que no hable.
¡Por Dios... que no se despierte!

¡Cuántas veces, al volver
de mi trabajo, rendido,
le reía yo, dormido,
en brazos de mi mujer,
ó en su cuna, boca arriba,
con las manecitas juntas
cogiendo, al azar, las puntas
de la sábana cautiva...
y tan hermoso, al mirarlo,
contenerme no lograba,
y de besos que le daba
acabé por despertarle!...
Él, llorando de despecho,

me dió la noche cruel,
y yo paseaba con él
meciéndole contra el pecho;
(Imitando á las nodrizas cuando mecen á un niño.)
y hasta que brillaba el día
me hacía dar vuelta y vuelta,
y después, á rienda suelta,
el pícaro se dormía;
y al verle ya en paz y en calma,
bendiciendo mi fortuna,
y acostándole en su cuna,
decía:—¡Hijo de mi alma,
si no ha de ser grande y fuerte
cual su padre lo soñó,
si ha de sufrir como yo...
Señor... que no se despierte!

¡Hoy este sueño profundo
es para la casa mía
el contento, la alegría,
todo lo que hay en el mundo!
¡Su sueño es en su dulzura
el porvenir de mi casa;
cada minuto que pasa
es un año de ventura!
Oigo su pecho latir
franco, lento, á compás justo,
como el de un hombre robusto,
como se debe dormir.

Tiene ya el respirar blando
en vez de aquella tos bronca...
(Aplicando el oído á la puerta.)
¡si me parece que ronca...
sí, señor, está roncando!
¡Qué suerte, Señor, qué suerte!
¿Quién tose..? ¿quién tiene tos?
¡Oh, no, por amor de Dios!
¡Callad! ¡Que no se despierte!

¡Es claro, ya se ha movido!
¡Se vuelve del otro lado!..
¡Ay! ¡si le hemos despertado...
entonces estoy perdido!
No: saca el brazo por fuera;
franco y á gusto respira,
y masculle, y se estira;
duerme cual antes durmiera...
Ya volvió á coger el sueño,
su madre que va á besarle...
—¡No, no te acerques! ¡dejarle!..
¡no lo fastidies! ¡qué empeño!
Así, á distancia, hija mía,
¿no ves que el sueño le salva?—
¡Las cuatro! Tocan al alba...
¡qué bien amanece el día!..
¡Cuántas veces en un mes
ví lucir tristes auroras!..
¡qué tristes aquellas horas,
y qué tranquila ésta es!

Lo malo es que, ya despiertas
van por la calle las gentes,
y oigo voces diferentes,
y cantos, y abrir de puertas...
y aún le faltan que dormir
dos horas á nuestro amor...
¡Cuatro horas! dijo el doctor,
¡cuatro y ya puede vivir!
¡Señor, que el médico acierte,
y salgo á la primer misa!..
(Cayendo de rodillas.)
¡Señor, que el tiempo ande aprisa!
¡Señor, que no se despierte!..

FIN DEL MONÓLOGO

ÍNDICE

EN PRENSA

Tomo XXI. — **Escenas y tipos de Madrid.**
(Libro nuevo.)

EN PREPARACIÓN

Trabajos inéditos (Versos y prosa), con una carta inédita de D. Ramón de Campoamor.



